

Izquierda Nacional

Buenos Aires

Número 29

Jorge Abelardo Ramos

Peronismo y Socialismo

Jorge Enea Spilimbergo

La crisis de la juventud peronista

Antonio Gramsci

Bonapartismo y Burocracia

Reportaje Exclusivo a

Jorge Semprún desde París

BUENOS AIRES

MAYO DE 1974

SUMARIO

AL CORRER DEL MES	1
REPORTAJE A JORGE A. RAMOS EN LIMA	3
LA "TENDENCIA" LA BUROCRACIA Y EL SOCIALISMO Entre el verticalismo burocrático y el frente gorila Jorge Enea Spilimbergo	6
LA POLITICA REVOLUCIONARIA EN AMERICA LATINA Reflexiones de un militante del MAS venezolano sobre la derrota popular en Chile Teodoro Petkoff	10
ENTREVISTA A JORGE SEMPRUN Jorge Raventos	16
LOS MAESTROS DEL "MAESTRO" JUAN B. JUSTO Notas taquigráficas del Congreso de Stuttgart (1907)	19
TEXTOS DE ANTONIO GRAMSCI SOBRE EL BONAPARTISMO Y LA BUROCRACIA	24
LECTURAS CRITICAS	32

TRIBUNA DEL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO

Director:

JORGE ABELARDO RAMOS

Colaboradores:

JORGE ENEA SPILIMBERGO
BLAS M. ALBERTI
ALBERTO GUERBEROFF
MANUEL CRUZ TAMAYO
JULIO FERNANDEZ BARAIBAR
HECTOR ALONSO
JORGE RAVENTOS
ENRIQUE LACOLLA
LUIS VICENS
JORGE SCALISSE
ROBERTO FERRERO
ROBERTO PASCUAL
LEONCIO BUENO
CAMILO GONZALEZ

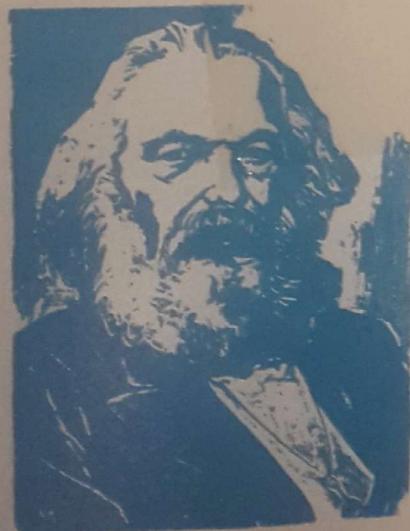
Correspondencia:

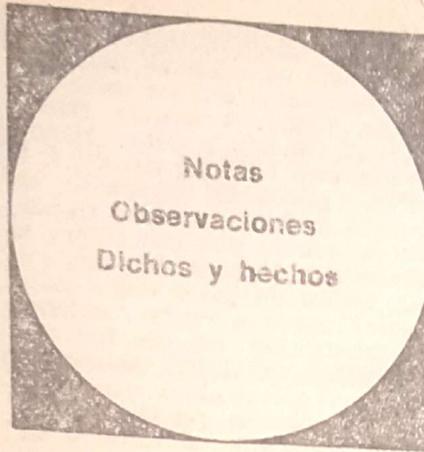
CASILLA DE CORREO 323,
CORREO CENTRAL,
BUENOS AIRES,
ARGENTINA

PUBLICACION MENSUAL

Distribución:

Arturo Apicella e Hijo.





LAS TENDENCIAS JUVENILES DEL PERONISMO

La vida política del peronismo gira hoy alrededor de dos problemas: uno de ellos es la crisis manifiesta de la juventud peronista y el otro la tentativa sistemática de la burocracia sindical por ganar posiciones gubernamentales en vista al fortalecimiento del llamado "partido isabelino" ante una eventual desaparición, enfermedad o renuncia del General Perón.

Consideremos en este artículo a la juventud peronista. Recordemos que el peronismo no contó nunca, desde 1945, con una juventud organizada como tal. Naturalmente, eran jóvenes los trabajadores del 17 de Octubre; pero la clase obrera no se clasifica con denominaciones "generacionales", pues un obrero se integra desde niño a la producción; sus ideales no tienen edad. La "generación" es un concepto y una actividad típicamente pequeño burguesa. Como, por lo demás, la juventud peronista hizo su aparición en las postrimerías de la dictadura militar del General Lanusse, resulta necesario evaluar el verdadero sentido de su crisis. Ya hemos dicho en esta revista y en la prensa del FIP, que la clase media, al sufrir los golpes de la crisis política y social derivada de las convulsiones de la sociedad oligárquica, en particular a partir de 1955 y de 1966, fue derivando lentamente hacia posiciones nacionales. Llamamos ya hace ocho años a esa evolución, la "nacionalización" de la pequeña burguesía. Hacia 1972, cuando los movimientos de masas iniciados en Corrientes, Córdoba, Tucumán y otras provincias, despojaron de viabilidad a la dictadura de los comandantes, una parte de esa pequeña burguesía, generalmente hija de padres gorilas y cuyos miembros, en algunos casos, procedían directamente de la izquierda cipaya, se desplazó hacia el peronismo, bajo la forma del "frefulismo" o "camporismo".

El 11 de marzo fue su triunfo,

pero no exactamente el triunfo de Perón. La pequeña burguesía de tradición liberal, arraigada, ¡quién lo diría!, al campo de la revolución nacional, se sintió mucho más representada por el gobierno de Cárdenas, que por la perspectiva, en ese momento ilusoria del retorno. Perón era una figura legendaria, de ribetes ambiguos, que redimido de sus errores por la crueldad de una larga proscripción, parecía hundirse en un glorioso crepúsculo. Los jóvenes abogados de Cárdenas, mientras tanto, libertaban presos, invitaban a Dorticos y Allende y nombraban a Puiggrós interventor de la Universidad de Buenos Aires. Ese peronismo que hablaba de la perspectiva del socialismo nacional desde la Casa de Gobierno tenía para muchos la ventaja extra de ser un peronismo sin Perón. Se trataba de un producto histórico atrayente, pero no era el peronismo genuino.

Cuando Perón regresó al país el 20 de junio, la masacre de Ezeiza puso de relieve que en esta etapa de su gestión, Perón sólo confiaba en los peronistas viejos, en los jerarcas sindicales sin representatividad pero que, de todos modos, tenían el control efectivo de los sindicatos, en los hombres del pasado que, aunque no le habían sido leales, estaban, por eso mismo, en la hora del poder, a su merced, dispuestos a obedecer ciegamente sus indicaciones. El vanguardismo sindical que intentó hace 10 años socavar la influencia de Perón, es hoy el núcleo dirigente de la CGT. Los neo-peronistas más propensos a pactar a espaldas de Perón con el régimen de Buenos Aires, como Martiarena, de Jujuy y Juárez, de Santiago del Estero, son puntales del régimen.

Si en el actual elenco de Perón se mueven hombres de indiscutible trayectoria nacional-democrática poco inclinados a mirar con simpatía a los pistoleros, en la juventud peronista, cuyos dirigentes en su mayor parte proceden de la izquierda cipaya o de la derecha pro-fascista, también hay una base muy amplia

de pequeña burguesía realmente nacionalizada y poco dispuesta a regresar a la "oposición democrática".

Basta leer los discursos de Firmenich y otros dirigentes de Montoneros o JP en el acto del 11 de marzo (que recuerda el triunfo de Cárdena, mientras que el triunfo de Perón fue el 23 de setiembre) para advertir que los militantes de la Juventud Peronista se encuentran decepcionados, abrumados y presa de desesperación por la política que Perón ha emprendido desde su regreso el 20 de junio del año pasado. "¿Qué pasa, mi general?", preguntan. Este ingenuo interrogante revela la incompreensión de esa juventud peronista acerca de la verdadera naturaleza del peronismo y su poca disposición a aceptar al peronismo tal cual es: pretenden "reencauzarlo", "devolver el gobierno a Perón". ¡Como si Perón no fuera el responsable del cauce actual, como si Perón no estuviera en el gobierno, como si Perón fuese prisionero de los cortesanos! ¡Hay en esta perplejidad algo de insincero, puesto que los dirigentes juveniles advierten con claridad que cada día resulta más difícil usar a Perón con la soltura con que los americanos rebeldes empleaban la "máscara de Fernando" para legitimar sus aspiraciones. Basta señalar la estrecha vinculación entre la Juventud Peronista (regional I) con la tendencia alfonsinista del radicalismo y con la Federación Juvenil Comunista, para concluir que una parte del peronismo juvenil está derivando hacia la "oposición" de la Unión Democrática. Si a esto se agrega que otros sectores de la misma juventud (Montoneros y afines) excusan a los grupos del ERP por sus actividades terroristas, el cuadro es perfectamente claro. Juventud pequeño burguesa, integrada por muchos elementos procedentes de la izquierda cipaya, se ha hecho peronista; y pretendió que Perón se hiciese socialista. Así como la pequeña burguesía en otra época definía a Perón como nazi, sus hijos aspiraban a idealizarlo como izquierdista. Pero en ambos casos se trata de un error. Perón no era ni una cosa ni la otra. La dificultad para comprender la cuestión nacional desde el punto de vista socialista, cerró a la juventud pequeño burguesa del 11 de marzo la posibilidad para entender la naturaleza social del peronismo y la significación del rol de Perón. Jefe bonapartista, caudillo popular, gran patriota, Perón no por ello deja de encarnar los intereses de los sectores burgueses de capital nacional, tanto como los de la burocracia civil, policial, sindical y militar. Sus enfrentamientos o rasgos de independencia frente al imperialismo, flu-

yen de esa caracterización, que la Izquierda Nacional y Popular ha formulado ya hace treinta años y que los jóvenes peronistas de hoy, como los jóvenes de la FUA de ayer, persisten en ignorar. Pero la clase obrera empieza a comprenderlo

ANTE UNA CALUMNIA

EL EX CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA NACION Y PRESIDENTE DEL FRENTE DE IZQUIERDA POPULAR, JORGE ABELARDO RAMOS, formuló en Lima las siguientes declaraciones:

"Ante declaraciones apócrifas que se me tribuyen, debo decir lo siguiente: la marcha del proceso revolucionario en la Argentina no podrá ser detenida por fuerza alguna. El General Perón accedió al poder por la voluntad de 7 millones y medio de votos, entre los que deben mencionarse los 900.000 electores que eligieron la boleta 14 del FIP bajo las consignas: *"Vote a Perón desde la izquierda: liberación y patria socialista"*.

"Más allá de todas las dificultades, propias de los hombres que al fin se convierten en protagonistas de su propia historia, la revolución nacional se abrirá paso irresistiblemente hacia el futuro. Solo podrá alcanzar su plenitud al transformarse en revolución socialista con la llegada de los trabajadores al poder.

En el presente, grupos de la izquierda cipaya y de la derecha pro-fascista se empeñan en derribar al gobierno del pueblo. Son la manifestación terrorista de la reacción interna y de la presión de afuera. Pero no prevalecerán. El FIP sostiene firmemente al gobierno de Perón, mantiene su total independencia política y organizativa y lucha por la perspectiva socialista en el marco de una América Latina unificada".

LA OPOSICION PEQUEÑOBURGUESA QUIERE OTRA "UNION DEMOCRATICA"

Las reuniones mantenidas por el presidente de la República y los representantes de los partidos que no integran la alianza oficialista han sido el eje de atracción de los llamados observadores políticos.

La calificación de estas reuniones como "expresión de la nueva era política que vive el país" fue el lugar común en que cayeron todos ellos, pretendiendo ocultar bajo la frase remanida el sentido último de los encuen-

tros que unieron, tras la virtual dirección de Ricardo Balbín, a antiperonistas cerriles como Horacio Thedy, Fernando Nadra, Horacio Sueldo y Oscar Alende.

Por otro lado, el viernes 5, el último presidente usurpador, teniente general Lanusse, realizaba su primer discurso oficial al despedir a 28 generales que, con un millón de pesos viejos mensuales, pasan a retiro. "Ratifico la satisfacción que me embarga por haber culminado mi carrera militar el mismo día en que triunfaba el Ejército, porque triunfaba la ciudadanía, al volver a ser poder" proclamó el autor de la cláusula de residencia que impidió al actual presidente presentarse a los comicios del 11 de marzo.

¿Cuál es el sentido de las adhesiones que súbitamente se han despertado entre hombres que han hecho gala de contumaz antiperonismo? ¿Qué razón existe para que, desde Lanusse hasta el Partido Comunista, traten de relativizar la importancia de algunos "sucesos" y se adscriban triunfantes a la intangibilidad del "proceso".

La razón no puede, sino ser una. Estamos frente al embrión de una nueva Unión Democrática, corregida y remozada, que busca en su diálogo con Perón la certificación de su propia existencia. Cerrado políticamente, por la elección plebiscitaria del 23 de setiembre, el camino del golpe militar y dificultado el accionar del gobierno por las enormes contradicciones que caracterizan socialmente al partido gobernante—contradicciones que durante 18 años han permanecido congeladas y que recién ahora pueden manifestarse— los representantes de la derecha y de la izquierda antinacional logran acortar las distancias que los separan y se aprestan a capitalizar los errores y los excesos ante la posibilidad o la inminencia de una afección política. De sus sonrisas satisfechas y su preocupación por la salud de Perón surge la evidencia de que también ellos trabajan para la tan mentada sucesión. Quieren presentarse ante el pueblo argentino como la garantía futura de la democracia, ante el caos de una burocracia sindical y política ciega y soberbia, y del proceso de transformaciones ante los gorilas que miran con cierto respeto a Pinochet y su sangrienta política. Pero para ello hay que dar pruebas de "voluntad institucionalizadora", hay que demostrar por todos los medios que nadie, absolutamente nadie, está dispuesto "a mirar el pasado, a realizar un juicio sobre las alternativas del presente" como textualmente manifestó Lanusse en su sugestivo discurso.

La oportunidad, a su vez, le ha permitido a Balbín presentarse él mismo como interlocutor ante el presidente, pero ya no como jefe de un partido, sino como vocero oficioso de una conjunción de fuerzas mucho más amplia. Indudablemente ello le permite aumentar su capacidad de negociación o de presión ante el gobierno, a la par que le posibilita la oportunidad de reconstruir su prestigio interno, al arrastrar tras suyo a los sedicentes partidos de izquierda, verdadera "niña de los ojos" de su alicaído contendor, Raúl Alfonsín.

El trasfondo social de esta alianza vuelve a ser la clase media argentina, o por lo menos numerosos sectores de ella, aprisionada entre la experiencia de los últimos años que han minado su dependencia a la oligarquía y sus expresiones políticas, pero también enfrentada a una nueva situación donde no se la vincula orgánicamente a un proceso de liberación nacional. Las contradicciones internas del peronismo impiden el desarrollo natural de la abrumadora mayoría popular establecida el 23 de setiembre. Ese desarrollo debiera verificarse en una ampliación de los cauces del movimiento nacional con la participación popular en la democratización de toda la sociedad argentina. Sobre esta desmoralización y desilusión inciden también las limitaciones de la actual política económica. Pero la historia no puede repetirse. Las movilizaciones del 69, 70 y 71 grabaron a fuego la conciencia de las clases populares. Iniciaron un período uyas consecuencias hoy vivimos y cuyas vacilaciones y, aún sus retrocesos son insuficientes para congelar el empuje revolucionario que fluye del triunfo popular. De ahí la fragilidad de este nuevo frente gorila. Producto de una circunstancia episódica en la revolución nacional, expresa un puro presente con el contenido político de un pasado definitivamente enterrado.

Si bien la actitud "dialoguista" evita la tradicional recurrencia a los militares, el famoso "golpear a los cuarteles", y establece ciertas reglas de juego mínimas que garantizan el funcionamiento del régimen constitucional, es la profundidad de la crisis, y no las costumbres republicanas de los políticos burgueses y pequeños burgueses, lo que obliga al gesto contemporizador. Mientras tanto, la clase obrera sigue siendo el convidado de piedra. La continuidad y profundización de las conquistas nacionales logradas sólo se obtendrán con la movilización de los sectores populares, al margen de las estructuras burocráticas que ahogan su expresión y más allá de la eventual afección y de la llevada y traída herencia.

Reportaje a Jorge A. Ramos en Lima

Durante su reciente viaje al Perú, Jorge Abelardo Ramos fue entrevistado por varios órganos de la prensa limeña. De esos reportajes transcribimos el publicado por la revista "Oiga", ya que es el que mejor expresa la actual situación política nacional (N. de la R.)

LB.: —*En el Perú se sigue con apasionada atención los acontecimientos de la Argentina. Al fin y al cabo, tanto en el Perú como en su país, hay signos de un proceso revolucionario. ¿Cómo definiría Ud. el momento argentino?*

JAR.: —*El General Perón ha llegado al poder, después de 18 años de proscripción, por una marea de votos de más de 7 millones y medio de ciudadanos. Esta cifra quiere decir que las mayorías nacionales formularon con elocuencia su voluntad de arrancar a la Argentina de su estancamiento y de concluir con el parasitismo oligárquico.*

LB.: —*¿Cree Ud. que Perón y el peronismo podrán realizar esa formidable tarea?*

JAR.: —*Las masas lo creen así. Por lo menos, juzgan con realismo que el pasado de Perón y el peronismo, así como su expatriación ordenada por la oligarquía, prueba que el actual Presidente luchó por tales objetivos. En la memoria colectiva toda la historia de Perón demuestra que encarnaba fuerzas nacionales. Sus adversarios, en*

cambio, integraban un frente antinacional. Esto no es un fenómeno puramente argentino. Constituye la forma más característica de la acción política en las colonias y semicolonias. En cuanto a que Perón y sus aliados realizarán la revolución que el país espera, esto sólo lo podrán decir los futuros acontecimientos. La misión del Frente de Izquierda Popular, como ala izquierda de la revolución nacional, consiste en ahondar el proceso iniciado, en subrayar la necesidad de expropiar a la oligarquía terrateniente, que aún goza de la plenitud de su poder económico y social y, en fin, en colaborar para que la clase obrera escoja el camino socialista. Si Perón no llegara a realizar la liberación nacional, las masas peronistas, integradas en su mayor parte por los trabajadores, no declararían agotada la historia universal y seguirían adelante.

LB.: —*Se habla mucho de que la juventud peronista o algunos sectores del peronismo se inclinan por una vía socialista. ¿Qué hay de verdad en eso? ¿Deberíamos inferir que, como algunos dicen, el peronismo es sinónimo de socialismo?*

JAR.: —*En modo alguno. El peronismo, como tuvimos oportunidad de decirlo cuando este movimiento hizo su aparición en 1945, es un frente de clases. Como Ud. sabe, las clases no han dejado de existir todavía en ninguna parte del mundo, ni siquiera en la Unión Soviética.*

El frente de clases, cuya expresión política es el peronismo, brotó contra el poderoso imperialismo extranjero y la oligarquía agraria. Se integra con sectores de la burguesía nacional (su más conocido representante es el actual ministro de Economía) con los trabajadores, sectores del ejército, grupos de la iglesia, parte de la clase media urbana y rural y sectores de la burocracia. Mas recientemente, ingresaron al peronismo algunos grupos de la pequeña burguesía universitaria, otrora antiperonista. Del mismo modo, pululan en el peronismo grupos ultraderechistas, afectos a la doctrina del calibre 45, que esbozan la quimera de ver en Perón a un nuevo Mussolini. Ambos sectores, a mi juicio, incurren en un error.

LB.: —¿Cuál sería, en definitiva el secreto de la política de Perón?

JAR.: —Perón es la síntesis personal de clases y grupos mencionados. Como toda síntesis personal, añade a su interpretación de los múltiples intereses e ideas que encarna sus propios defectos y virtudes. Pero esto último carece de importancia decisiva. Lo esencial es que Perón ejerce una especie de bonapartismo, en otras palabras desempeña un papel arbitral en una sociedad inmadura que aún no ha podido vivir su propia historia. Su política es, pues, pendular y tan contradictoria como opuestas son las fuerzas que palpitan en el movimiento que encabeza.

LB.: ¿Entonces el peronismo no es socialista?

JAR.: Es un movimiento nacional burgués y popular, revolucionario por momentos, conservador en otros, sostenido por las masas, odiado por la sociedad arcaica, ambiguo y plebeyo, cuya política económica ha sido y es bien clara: desenvolver las fuerzas del capitalismo nacional, cohibido secularmente por la oligarquía de mentalidad rentística y proporcionar a las masas populares el mejor nivel de vida compatible con aquel sistema. Esto de socialismo no tiene un gramo, y de fascismo, mucho menos.

Pero como nuestra época está dominada por la tempestad revolucionaria de los países coloniales y semi-coloniales, así como por la agonía del capitalismo mundial, los movimientos nacionales, cualesquiera sean sus propósitos iniciales, se verán obligados a vincularse estrechamente con la futura irrupción del proletariado de los países avanzados. La imposibilidad de desarrollar el capitalismo en los países débiles, determinará cambios profundos en estos movimientos nacionales. Los obstáculos que encuentra para crecer el capitalismo tardío en el Tercer Mundo, se unen a la imposibilidad para sobrevivir que enfrenta el viejo capitalismo en las naciones civilizadas. Semejante

situación abre la ruta de un orden social nuevo, es decir, al socialismo. Esa es la significación profunda del peronismo y de otros movimientos análogos en América Latina.

LB.: — Lo que ocurre es que muchos izquierdistas sostienen que Perón es fascista, y que todo ejército es contrarrevolucionario.

JAR.: — No tienen ni idea del tema que tratan. El fascismo o nazismo estaba respaldado por la gran industria imperialista. Su base social se encontraba entre los estudiantes, veteranos de guerra y comerciantes arruinados. Esas fuerzas aplastaron al movimiento obrero. Perón, por el contrario, se apoyó en los trabajadores contra el imperialismo, mientras que la Unión Democrática de todos los partidos (radicales, socialistas, conservadores y comunistas) movilizó en 1945 a los estudiantes contra los trabajadores. Para nosotros, los marxistas, era perfectamente claro en ese año, las diferencias esenciales entre el nacionalismo de un país oprimido y el nacionalismo de un país imperialista. El primero era revolucionario y el segundo, reaccionario. Con los ejércitos latinoamericanos ocurre lo mismo. Yo he mostrado en mi libro "Historia política del Ejército Argentino", los cambios sucesivos de esa institución a lo largo de la historia argentina. A veces se hace intérprete de la oligarquía parásita. Otras, ante la crisis moral de los viejos partidos vinculados al orden antiguo, se transforma en brazo político del interés nacional y ocupa toda la escena. Brotado de la clase media latinoamericana, posee las incertidumbres y vacilaciones de esa clase social. Pero identificar al Ejército de un país semicolonial, que realiza en ciertos momentos tareas revolucionarias, con los ejércitos de la Europa opulenta que custodian el orden imperialista, es una banalidad que no merece ser refutada.

LB.: — Ud. ha sido candidato a Presidente de la República por el Frente de Izquierda Popular. Posteriormente, el FIP apoyó la candidatura de Perón y obtuvo 900.000 votos. ¿Cuál fue el mecanismo y significado de tal importante votación, una de las más altas obtenidas por una fuerza de izquierda en la América Latina?

JAR.: — El FIP aparece como la primera izquierda nacional y popular de la Argentina, a diferencia de los grupos tradicionales (socialistas, stalinistas y troskystas) que han sido y son meros repetidores de fórmulas polvorientas que carecen de aplicación a nuestra realidad. El noble y fecundo pensamiento de los clásicos del socialismo se ha transformado en manos de la izquierda cipaya en una extravagante escolástica des-

provista de vitalidad. Por esa razón el FIP enarboló las banderas de la democracia política, el nacionalismo económico y la patria socialista. Afirmó su apoyo a la candidatura de Perón, como expresión personal de gigantescas fuerzas impersonales y presentó a los últimos comicios su propia boleta de voto, la número 14, que tenía impresa en su parte superior la fórmula: "Liberación y patria socialista". Nuestra campaña se hizo con la fórmula: "Vote a Perón desde la izquierda", alertando al pueblo sobre los aliados de Perón, los burócratas sindicales y sus asociados burgueses. Recibimos 900.000 votos, que se integraron

al torrente de los siete millones y medio, marcando nítidamente la línea socialista y revolucionaria del movimiento nacional.

L.B.: — ¿Entonces Uds. no están orgánicamente integrados al peronismo?

JAR.: — En modo alguno. Somos una fuerza independiente, que apoya al gobierno popular sin compromiso alguno con él. Somos el lazo entre el presente y el futuro, el socialismo criollo y universal, la izquierda bolivariana que ha buscado la raíz y la ha encontrado.

EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS

De Lima a Buenos Aires

La ligereza, la mala fe o la superficialidad del periodismo comercial, han hecho de las suyas con nuestro compañero Jorge Abelardo Ramos en las últimas semanas.

Estas líneas deben servir de aclaración para nuestros lectores que hayan leído las revistas "Caretas" y "Oiga" de Lima, así como los diarios "Noticias", "La Opinión" y "La Razón" de Buenos Aires en aquellas ediciones que reprodujeron supuestas declaraciones o textos de Ramos. Vamos por orden.

Jorge Abelardo Ramos en Lima

Mientras Ramos se encontraba en Lima, la revista "Caretas" de esa ciudad publicó declaraciones apócrifas de nuestro Director que agredían a Perón y al peronismo y que desnaturalizaban la posición que Ramos y nuestro movimiento mantienen desde hace muchos años en el proceso de la Revolución Nacional. La agencia noticiosa Associated Press transmitió a Buenos Aires dichos infundios. Con una encomiable diligencia, el diario peronista "Noticias", que rara vez publica informaciones sobre el FIP, reprodujo complacido los ataques a Perón. Desde Lima Ramos cablegrafió al director de "Noticias" exigiendo una rectificación inmediata. "Noticias" publicó dicha rectificación dos días más tarde. A su vez, el semanario "El Caudillo", desafortunado órgano de la archiderecha seudo peronista, ignorando la aclaración de Ramos, calificaba a nuestro compañero de "gorila", fundado en la primera versión del diario "Noticias". El excelente pisco peruano podría ser el responsable de las atrocidades profesionales de ciertos periodistas.

Sigue la niebla

Por iniciativa de la revista "Post-data" se celebró una reunión entre Carlos Delgado, Director General de SINAMOS (Sistema Nacional de Movilización Social), uno de los principales ideólogos de la revolución militar y el compañero Ramos. Se grabó una discusión sobre los principales temas de la actualidad latinoamericana: marcha y sentido de la revolución peruana; el peronismo; naturaleza del socialismo en la URSS; el rol del partido en las revoluciones contemporáneas, etc. La versión grabada de esta discusión será hecha pública en publicaciones de Madrid, México, Caracas, Lima y Buenos Aires. Sin embargo, en la revista "OIGA" de Lima, se da a conocer pocos días después una versión fragmentaria de tal discusión que muestra a Delgado, tanto como Ramos, convertidos en dos sordos que monologan vueltos de espaldas (uno hablando en Lima y el otro en Buenos Aires, aunque en distintos días y a distintas horas) de modo que el diálogo es un pegote disparatado juntado con cola. Esta proeza se explica si se tiene en cuenta que dicho diálogo, que republica por medio de Inter Press Service el diario "La Opinión" de Buenos Aires, no está copiado de la cinta magnética que registró la discusión original, sino de la memoria de un periodista que por casualidad asistió a la reunión mencionada. Anunciamos que en breve se conocerá la versión íntegra, fiel y textual de dicho intercambio de ideas.

También en Mendoza hacen de las suyas

Para terminar esta reseña de malos en-

(Continúa en pág. 32)

La "Tendencia" la Burocracia y el Socialismo

Entre el verticalismo burocrático y el frente gorila

por Jorge Enea Spilimbergo

La Juventud Peronista se debate en un grave dilema cuyos términos parecen ser, por un lado, la capitulación ante las fuerzas burocrático-burguesas de su partido (en nombre de la "verticalidad"), y, por el otro, una ruptura que se da como regresión hacia la izquierda liberal y cipaya. Este conflicto de un movimiento que irrumpió tan espectacularmente hace poco más de un año se explica en parte por las debilidades políticas que presidieron su nacimiento. Y esas debilidades, a su vez, encuentran su clave en el desarrollo desigual y contradictorio de nuestras luchas político-sociales a partir de la gran ofensiva popular de mayo de 1969.

El término de referencia más general de la crisis es la contradicción entre la divisa "Patria Socialista", impulsora de todos los sectores dinámicos de la JP, y la estructura histórico-social *inmodificable* del peronismo como frente nacional multclasista constituido en 1945 bajo el liderazgo de la burguesía nacional. Esta contradicción potencial se hace actual y virulenta desde el definitivo retorno del general Perón y la renuncia del presidente Cámpora.

A partir de aquí la dirección de la "Tendencia" acentúa hasta el paroxismo el método mágico de explicación, como si quisiera ocultarse a sí misma la inconsistencia de sus propias premisas políticas: Perón es

el custodio de la antorcha nacional y del socialismo; pero un cerco demoníaco de traidores lo rodea y aísla de los peronistas leales. En vez de indagar las fuerzas de clase que encarna la conducción peronista, los líderes de la "Tendencia" arbitran una "explicación" mitológica, enteramente irracional.

Técnicamente, esa explicación era posible cuando Perón estaba en Madrid; pero los hechos la desintegran con la presencia de Perón en la Argentina y en el gobierno. Entonces, los líderes más compicuos de la "Tendencia" se escinden en dos alas. Un sector capitula, ya que no encuentra otro modo de reconciliación que la renuncia a los fines trascendentes que animaban el movimiento juvenil. El otro busca apoyo creciente en el centro y la izquierda liberal-oligárquicos (Juventud Comunista, radicalismo, alfonsinistas, APR, etc.).

Como el fenómeno "Juventud Peronista" expresa la ruptura de la pequeña burguesía democrática con la oligarquía liberal a la que estuvo aliada tradicionalmente (ruptura provocada por la crisis del orden semicolonial) y el giro de ese sector hacia posiciones más avanzadas y nacionales, la alianza de referencia, en el marco de las llamadas Juventudes Políticas Argentinas, constituye un claro fenómeno de regresión.

También en esta falsa polarización (capitulación-gorilismo de "izquierda") pesa la incompreensión sobre la naturaleza de clase del peronismo. La clara progresividad del peronismo no emergía de su carácter proletario-socialista sino de su naturaleza nacional-democrática ("burguesa", por lo tanto) en un país semicolonial. La vieja izquierda cipaya deducía que el peronismo, al ser burgués, era reaccionario olvidando las particularidades de la lucha social en un país dependiente y atrasado. Al nacionalizarse e izquierdarse rompiendo con la oligarquía, pero sin revisar teóricamente las viejas premisas ideológicas, pareció necesario adjudicar a Perón una virtualidad socialista que éste jamás imaginó tener, y que se apresuró a desmentir brutalmente desde el primer día de su regreso definitivo al país.

¿Es preciso, por lo tanto, traicionar al socialismo para no "traicionar" a Perón, según piensan algunos? ¿O es Perón un traidor al demostrar que no hay lugar para el socialismo en su movimiento, como opinan otros?

En realidad Perón permanece fiel a la constelación político-social que dio existencia a su movimiento en 1945, y ningún revolucionario socialista podrá dejar de apoyarlo contra los enemigos imperialistas y oligárquicos. Al mismo tiempo, la lucha por el socialismo, impuesta por la necesidad objetiva de trascender los estrechos límites capitalistas y burgueses de la revolución nacional, exige la constitución de un eje de reagrupamiento obrero y socialista en el cauce del movimiento nacional, un eje política, organizativa e ideológicamente independiente.

CORDOBAZO Y PERONISMO

El punto de arranque es, naturalmente, el Cordobazo de mayo de 1969, mejor dicho, la serie de insurrecciones provinciales que, a partir de esa fecha, desbarataron los planes de la dictadura oligárquica, modificaron profundamente la relación de fuerzas e impulsieron una salida electoral aunque condicionada por la proscripción de Perón (cláusula del 24 de agosto).

El Cordobazo se inscribe en una línea superadora del 17 de octubre de 1945. Ya no se trataba, como en las jornadas del 45, de apuntalar a un sector del sistema gobernante contra el ala oligárquica y contrarrevolucionaria, sino de enfrentar por la vía de la lucha de masas al Estado oligárquico en su conjunto, apuntando más allá de los límites de la argentina burguesa. Por eso, el gran movimiento espontáneo y caso insurreccional de los pueblos del interior rebasó no sólo a los viejos partidos sino también a la dirección política y sindical del peronismo, que en ningún momento asumió práctica ni moralmente esas luchas. Esta verdad no sólo

es aplicable a los sectores burocráticos (cualquiera sea la amplitud y aplicación que demos al término "burocrático") sino también a los combativos. No casualmente el nombre "Montoneros", trascendiendo sus límites originarios, a pasado a designar a toda la "Tendencia", lo que de hecho significa que el asesinato de Aramburu (una oscura aberración política) pesa ideológicamente más que la gesta multitudinaria gracias a la cual la "Tendencia" pudo soñar con copar electoralmente el gobierno en aras de la Patria Socialista.

EL INTERIOR AISLADO

Pero este nuevo nivel de lucha alcanzado por los pueblos del interior, si era suficiente para conmovir rudamente el andamiaje de la dictadura militar e imponerle un retroceso en toda la línea, no bastaba para derrocarla infligiendo a la oligarquía una derrota decisiva. Para ello era preciso la extensión del movimiento a escala nacional y, sobre todo, la entrada en combate de la clase trabajadora de Capital y Gran Buenos Aires, centro estratégico del país, arrastrando tras de sí a las capas medias disconformes. La magnitud del escenario impedía que esta tarea pudiera quedar librada a la "espontaneidad" característica de las luchas libradas en Córdoba, Rosario, Corrientes, Tucumán, Mendoza, Catamarca, etc. Pero el papel de las altas jefaturas cegetistas y sindicales de Buenos Aires consistió, precisamente, en lo contrario: en sabotear y aislar al interior, convertidas en agentes miserables de la dictadura gorila.

La lucha por romper el cerco, descongelando militarmente al proletariado gran bonaerense se convertía de ese modo en la tarea central de toda corriente revolucionaria a partir de mayo de 1969, y en esa perspectiva nació el Frente de Izquierda Popular, bajo esa luz deben considerarse todos sus movimientos políticos y tácticos. Pero es un hecho de la mayor importancia que aunque la clase trabajadora del área metropolitana acompañó con su simpatía las jornadas del interior, no pudo romper la malla del bloqueo burocrático y ponerse ella misma en movimiento. Esto impondría su sello sobre el proceso de expansión y apogeo de la Juventud Peronista.

El auge de la "guerrilla" (incluidas las "formaciones especiales" peronistas, para emplear el término con el cual Perón, sin haberlas promovido, las oficializó desde Madrid) es en este sentido, y pese a la bambolla interesada de la prensa y los gobiernos oligárquicos, un fenómeno de retroceso político, que se planteaba en relación inversa al apogeo del movimiento de masas, sin conexión (ni siquiera defensiva) con él. Ninguna experiencia ha aportado la guerrilla urbana argentina que pueda modificar o

contradecir las conclusiones lapidarias sobre el terror y la violencia individuales del movimiento revolucionario internacional y sus teóricos reconocidos.

LA DISYUNTIVA DEL 72

Así nos encontramos en 1972 con un movimiento popular y obrero que ha infligido fuertes golpes a la dictadura oligárquica, pero sin lograr una victoria decisiva frente al bloqueo metropolitano. Producto de esta situación de equilibrio es la salida transaccional de un llamado a elecciones con el peronismo pero sin Perón. El Frente de Izquierda Popular exigió al peronismo la defensa activa de la candidatura de Perón, fundándose en la extrema debilidad de la dictadura bajo los golpes de la ofensiva popular espontánea, y en la posibilidad consiguiente de barrer la proscripción con nuevas movilizaciones populares, inicialmente pacíficas. Al ser desoído este llamado, el FIP rechazó de plano el ingreso al FREJULI, prefiriendo perder bancas seguras a traicionar su razón de ser política.

Es cierto que Perón llegó de todos modos a la presidencia. Pero su acceso por la vía fría, sin movilización, no implica un mero camino alternativo sino el imperio de una correlación de fuerzas hegemónicas sustancialmente diferente.

¿Qué actitud asumían ante esta disyuntiva los líderes de la "Tendencia", durante el verano 1972-1973? Dos actitudes íntimamente relacionadas. En primer término, negaban desdefiosamente toda realidad a las elecciones, simple "maniobra" de Lanusse. Bajo este anarquismo ultraizquierdista, según el cual la huelga general de mayo del 69 en Córdoba era menos importante que el asesinato de Aramburu, se escondía una subestimación enfática del movimiento de masas y una sobre estimación acorde del poder de la dictadura militar-oligárquica. En segundo término, no sólo Perón, o Cámpora, o Rucci y Gelbard, o los partidos del FREJULI, desoían la propuesta movilizadora del FIP, lo que era predecible al fin de cuentas, sino también los líderes de la "Tendencia" en cualquiera de sus ramas. Esta no hizo suya (mancomunada o unilateralmente) la única vía de desarrollo revolucionario abierta, que era la marcada por el FIP. Por el contrario, se sumó al proceso electoral bajo la divisa "Cámpora al gobierno, Perón al poder".

LA CAPITULACION ORIGINARIA

En realidad el "fenómeno Juventud Peronista" es un fenómeno sumamente reciente. Se incubaba en esas semanas preelectorales, eclosiona entre el 11 de marzo y el 25 de mayo, tiene sus días gloriosos con Cámpora y su hora de la verdad con el retorno del

general Perón. La divisa de la Patria Socialista aparece como el espíritu animador de la marea.

Ya hemos visto cómo ese impulso lanzaba a toda una camada juvenil a la trituradora de una contradicción insalvable entre el socialismo y el carácter de clase de la conducción peronista. Señalemos ahora que el movimiento, pese a su apogeo espectacular, nació impregnado de una especie de pecado original: la participación en la capitulación política del peronismo ante la dictadura militar oligárquica, que no otra cosa fue la candidatura de Cámpora, la negativa a apelar a la movilización de las masas.

La memoria es corta, y hechos recientes merecen recapitularse. La candidatura de Cámpora fue la respuesta de Perón a la cláusula proscriptiva, una "candidatura imposible", pues le alcanzaban los términos de la cláusula. De este modo el peronismo se aprestaba a dejar vacante su nominación presidencial, ocupar bancas y gobernaciones, y poner la presidencia en manos de Balbín. Lanusse, hábilmente, aceptó sin embargo aquella candidatura especulando con que el "desprestigio" de Cámpora forzaría una segunda vuelta. ¡Sólo el repudio apabullante cosechado por la dictadura oligárquica pudo desbaratar esa maniobra! En este marco es que crece y eclosiona la "Tendencia". La victoria electoral del 11 de marzo suministra el éxito inmediato necesario para ocultar los vicios de origen de una capitulación y alimentar la loca esperanza de que el peronismo pueda convertirse en eje socialista de la revolución nacional, sin los sudores del parto de construir junto a las masas una opción independiente.

LA PEQUEÑA BURGUESIA BUSCA UN EJE

Por debajo de este proceso político se da el proceso de las clases sociales. Hemos visto que la clase social que alimenta el crecimiento vertiginoso de la JP es la pequeña burguesía democrática en trance de nacionalización e izquierdización. ¿Podría esta pequeña burguesía —como clase— extraer de ella misma una opción independiente, socialista revolucionaria en el campo de la revolución nacional? La respuesta es obvia, y, también por eso, ninguna propuesta político-partidaria no asentada en una representación actual y concreta de la clase trabajadora en movimiento, era capaz de atraerla hacia un eje socialista revolucionario.

Pero el hecho decisivo pasaba a ser, entonces, la inmovilidad coyuntural del proletariado metropolitano, bajo el bloqueo del sistema político-sindical del peronismo. En esas condiciones, el único eje objetivo que se le presentaba a partir de su ruptura con

el bloque oligárquico-imperialista era —para decirlo brutalmente— el eje de la burguesía nacional, es decir, el movimiento peronista. Quienes, como el FIP, asumían, con las banderas del 17 de Octubre y del 29 de Mayo, el eje estratégico de la revolución popular argentina —sus raíces y su proyección superadora— quedaban provisionalmente aislados, como lo revelaron, *honrosamente*, los resultados del 11 de marzo, no menos reivindicables que los del 23 de setiembre.

Sin embargo, esta convergencia hacia el eje de la burguesía nacional no podía realizarse ingenuamente. El país había sido conmovido por poderosas mareas revolucionarias en un mundo que no era el de 1945. Si la pequeña burguesía había encontrado en el *mito de la guerrilla* el sustituto de la movilización revolucionaria de masas a escala nacional, también debía proyectar sobre el eje nacional-burgués hacia el cual convergía sus propias esperanzas socialistas, e impregnarlo de esas ilusiones. Era hasta cierto punto inevitable, y explica la incapacidad de llevar una lucha política real en defensa de sus puntos de vista, con mínimas garantías, dentro del movimiento o del Partido Peronista.

LA TAREA INSOSLAYABLE

No moralizaremos sobre el hecho (aun-

que es preciso señalarlo) de que esta debilidad orgánica paga el precio de haber pretendido eludir una tarea insoslayable apelando a un falso atajo, ya que no es posible luchar por el socialismo en el seno de la estructura histórica de la "burguesía nacional". Por la mecánica interna de esa estructura, toda la legitimidad proviene del liderazgo unipersonal (bonapartista) del general Perón. Desgastada rápidamente (por la intervención directa de Perón) la retórica sobre los "traidores" que lo "cercan", cualquier oposición "socialista" queda desnuda e indefensa al llegar el momento de la verdad.

Pero esta segregación mecánica de los "herejes", ¿es una garantía de que llegarán a asimilar la experiencia y de que extraerán las necesarias conclusiones, incluidas (pues las alternativas abiertas no son indefinidas ni caprichosas) las referentes al papel del Frente de Izquierda Popular en el proceso político argentino?

La necesidad de esta reflexión es hoy más que nunca urgente, cuando vemos a ciertos líderes de la "Tendencia" retroceder hacia el pacto con la izquierda gorila en ese con-tubernio de las llamadas Juventudes Políticas Argentinas, y a otros, rendir las armas ante los sectores burocráticos y conservadores de su movimiento.

LEA EL 1º Y EL 15 DE CADA MES EL PERIODICO

IZQUIERDA POPULAR

DIRECCION: *Julio Fernández Baraibar*
Jorge Raventos

Lucha por la
DEMOCRACIA POLITICA
EL NACIONALISMO ECONOMICO
LA PATRIA SOCIALISTA

El quincenario del Frente de Izquierda Popular

Se vende en todo el país a \$ 1.50

REDACCION Y ADMINISTRACION: Alsina 2786
Capital Federal

La Política Revolucionaria en América Latina

Reflexiones sobre la derrota popular en Chile

por Teodoro Petkoff

El presente artículo se transcribe del periódico oficial del Movimiento al Socialismo de Venezuela. Su autor, Teodoro Petkoff, es un veterano militante que tras romper con el Partido Comunista de su país, junto a otros revolucionarios, vivió la experiencia de las guerrillas venezolanas. Actualmente encabeza el intento de estructurar una nueva fuerza revolucionaria, el MAS, que no desdén la utilización revolucionaria de la lucha electoral. Pero, junto a ello, se percibe también el replanteo de la realidad política latinoamericana, atendiendo a la necesidad de un socialismo que sea capaz de entender la sociedad que intenta transformar las relaciones entre sus clases sociales y los objetivos nacionales de la revolución, sin las ataduras adormecedoras que implican la sujeción a alguno de los "modelos" revolucionarios en boga. Su análisis del proceso chileno que culminó con el golpe militar es una contribución a la demolición del charlatanismo "insurreccional" de muchos izquierdistas cipayos de aquí y de allá. (N. de la R:)

Existe una curiosa distorsión de la per-

cepción frente a los movimientos revolucionarios triunfantes que conduce a apreciarlos más en lo que tienen de aparente que

en lo que les es esencial. Es así como cada revolución victoriosa, al servir de epicentro para nuevas sacudidas sociales, lleva a los actores de esas a captar de la primera sólo los espectaculares momentos finales de la captura del poder, dejando fuera de su campo visual todo el largo, difícil y complejo proceso que hizo posible el resultado. Cada revolución vencedora crea, pues, el espejismo de ella misma como fácil proeza. Y tal vez en ninguna sitio hayan sido tan dolorosamente ciertos los efectos de esta suerte de ilusión óptica como en nuestro continente. Después de la revolución cubana, un prolongado rosario de derrotas marca la quiebra de una concepción que quiso entender el acto revolucionario como la romántica hazaña de un grupo guerrillero imponiéndose a todo un ejército.

La imagen de Fidel entrando en La Habana, el mágico impacto de aquellos barbudos que apenas en dos años habían dispuesto de Batista, la gloria y la fascinación de la imperecedera leyenda de David derrotando a Goliat, poblaron los sueños de la izquierda latinoamericana durante la década de los 60. Olvidada quedó la sutil urdimbre de alianzas tejida por Fidel con buena parte de las viejas fuerzas políticas cubanas y que encontró expresión en la presidencia

de Urrutia y en el premierato de Miró Cardona, futuro jefe político de los mercenarios de Playa Girón, en el gobierno que se constituye en los primeros días de 1959. Enterrado fue el recuerdo de la construcción de una fuerza que se había apoyado en un arco de relaciones internas y externas tan amplio que hizo posible tanto la cuantiosa ayuda financiera que grandes barones del azúcar prestaron a Fidel como el recibir armas de Figueres, por no decir de Larrazábal. Nunca más se habló de la explosiva coyuntura crítica que vivía Cuba y en cual supo engarzarse Fidel con tanto talento y tanto coraje, pero sin la cual todo su esfuerzo habría sido vano. Y, por supuesto, nadie prestó atención a la candorosa respuesta de Fidel en la revista "Playboy": "Si yo hubiera levantado la bandera socialista cuando estaba en la Sierra Maestra, todavía estaría allá." Por que nadie quería recordar que la lucha había sido emprendida en nombre de la Constitución del 47, con un carácter antidictatorial y en base a un programa vago e impreciso, en el cual ni las clases dominantes cubanas ni el imperialismo notaron nada que les permitiera prever lo que después iba a suceder.

EL TORTUOSO CAMINO

Todo el tortuoso camino, pues, fue voluntariamente excluído en los análisis y únicamente se quiso ver en el ejemplo cubano la acción rectilínea, siempre en ascenso, siempre hacia adelante —atrás ni para coger impulso, repetíamos— de un grupo heroico y decidido, que con la vieja sociedad sepultaba también los envejecidos esquemas políticos. La dura realidad continental, sin embargo, se fue encargando de demoler las ilusiones que todos tuvimos. Los distintos alzamientos armados, fundamentados sobre aquel estudio simplificado y caprichoso, fueron aplastados y en algunos sitios la izquierda, casi exterminada, ha perdido, quien sabe por cuanto tiempo, toda iniciativa política. En Guatemala, en Ecuador, en Santo Domingo, en Nicaragua, en Perú, en Brasil, en Uruguay, en Paraguay, en Bolivia, en Colombia y en Venezuela, las candelas de la lucha armada fueron extinguidas —si bien en uno que otro de esos países quedan algunos tizones prendidos, pero sin ningunna significación real.

Ahora, tras la caída de Allende, la antigua mitología pugna por revivir. La izquierda, tal como los Borbones, pareciera que ni olvida ni aprende. Nuevamente el análisis simplista y la fraseología revolucionaria ocupan el lugar de la reflexión seria. La retórica, las frases huecas sobre la lucha armada, aderezado todo con una suerte de masoquismo, sustituyen el esfuerzo de

pensar nuestra acción librándonos de los grilletos de un legado teórico falsamente marxista, que durante cuarenta años ha llenado de estereotipos y lugares comunes la literatura revolucionaria. Otra vez pomposos charlatanes, desde cómodas cátedras universitarias, amén de la inefable fauna de comandantes de cafetín, descubren el agua tibia y engolan la voz para repetir las sobadas banalidades sobre la lucha de clases y la violencia, de las cuales sólo ellos parecerían poseer el secreto.

No dejaría de ser lamentable que la experiencia chilena, por vía diametralmente contraria a la cubana, generara el mismo tipo de superficialidades teóricas que lleva a proporcionar respuestas simples a problemas por demás complejos. Sería terrible que vuelva a dejarse en la sombra el examen del complicado juego político-social de los tres años de "allendismo", para concluir repitiendo verdades generales que en nada contribuyen a la elaboración táctica. Si nos volvemos a dejar atrapar entre los dientes del marxismo escolástico y de los espejismos revolucionarios, el porvenir quedaría seriamente comprometido.

Porque, en definitiva, si se trata de verdades generales, la única que autorizan tanto las derrotas de la lucha armada como el derrocamiento de Allende, es la de que la revolución ES difícil y tanto más difícil será mientras su ejecución sea contemplada a través de los anteojos de una izquierda que a fuerza de caletrearse los manuales y las leyes de la dialéctica ha olvidado pensar. Volver ahora a esa falsa dicotomía "ferroviaria" que postula las «vías» revolucionarias en términos abstractos y excluyentes —o armada o pacífica— sería perder de nuevo contacto con una realidad que si algo nos ha demostrado es que ese dilema es falso y que la política revolucionaria se construye en un proceso de confrontaciones de clase del cual deben derivar las formas de lucha de manera "natural" y no mediante superposiciones intelectuales. Toda gran revolución, estudiada en detalle, arroja esta enseñanza, además de que nuestra propia experiencia venezolana es demasiado rica como para no encontrar en ella consistentes puntos de apoyo para una teoría revolucionaria propia.

LA IMPOTENCIA Y LA INACCION

De igual modo, cualquier otra conclusión en el sentido de considerar canceladas las posibilidades revolucionarias de una u otra forma de lucha no puede sino conducir a la impotencia y a la inacción, porque la práctica social enseña sobradamente que cada forma de lucha, para ser real y no un precario ejercicio voluntario o una lucubración intelectual, depende de circunstancias casi

siempre ajenas a las fuerzas revolucionarias, y cualquiera de ellas puede llegar a ser, en un momento dado, la única alternativa posible para la izquierda. Si a priori se descartan potencialidades revolucionarias en alguna de las formas de lucha existentes, una izquierda colocada eventualmente frente a una coyuntura que no permita sino la forma previamente descalificada se condena a la pasividad o a la masturbación típica de los grupúsculos marginales.

Sería, por ello, cuando menos muy apresurado, establecer, a la luz de lo de Chile, que los procesos electorales son terrenos que las fuerzas socialistas no deben pisar. Tan apresurado como sostener, después de la muerte del Ché, que la lucha armada debe ser excluida de la panoplia revolucionaria. Una y otra forma de lucha, cuando cabalgan sobre procesos político-sociales reales y se articulan con ellos, pueden resultar perfectamente viables. Ejemplo: Argentina 1955 - 1973, período de la epopeya peronista.

La caída de Allende puede demostrar cualquier cosa, menos que los procesos electorales no sirven para los propósitos revolucionarios. Útiles pueden ser, incluso si se participa en ellos sin aspiraciones de ganarlos. Sin ir muy lejos, tenemos nuestro propio caso en esta campaña electoral 72-73, en la cual la construcción de una fuerza socialista ha llegado mucho más lejos de lo que cualquiera hubiera sospechado hace dos años. Pero es que Chile puso en evidencia que el socialismo puede incluso ganar unas elecciones e iniciar un período de transformaciones revolucionarias. Lo contrario, que parecía una verdad respaldada por el peso de los clásicos revolucionarios, puede ser examinado ahora según una nueva óptica. Una fuerza socialista que se mueve dentro de los marcos de una cierta estructura política más o menos sofisticada, sobre el telón de fondo de una determinada tradición institucional y cultural y contando con un juego político estabilizado y "convencionalizado" por largos años de democracia burguesa, puede trazarse una estrategia electoral y aspirar a desarrollarla.

ELECCIONES Y PODER

Pero, de ganar unas elecciones a conquistar el poder pleno queda un trecho que el gobierno de Allende no alcanzó a franquear. Este, sin embargo, es otro problema, al cual nos referiremos un poco más adelante. Por lo pronto, detengámonos un tanto en otro interesante aspecto de la situación chilena: Allende ganó las elecciones y luego recibió el gobierno. De atenernos a una cierta manera de enjuiciar los acontecimientos chilenos se podría extraer la impresión de

que Allende hubiera recibido el gobierno como una graciosa concesión de la burguesía, que luego le habría permitido gobernar durante tres años, hasta que cansada de él se lo quitó de encima mediante la intervención de unas Fuerzas Armadas que no habrían estado sino esperando la orden para actuar, con un dispositivo golpista montado desde el primer momento.

La realidad, sin embargo, es bien diferente. La Unidad Popular (UP) gana las elecciones gracias a la disposición tri-polar de las fuerzas políticas chilenas; colándose por la brecha que quedó entre la vieja derecha alessandrista (Partido Nacional y adláteres) y la Democracia Cristiana (DC). Pero esa brecha —que tardó tres años en cerrarse— no era casual ni respondía a divergencias personales y/o subalternas entre los representantes de ambos agrupamientos, sino que correspondía a posiciones políticas netamente diferenciadas, que para la época hacían imposible todo acuerdo entre ellas para cerrar el paso a la UP. La DC había hecho una campaña electoral con Tomic a la cabeza y con un programa de corte muy radical, de signo anti-capitalista, el cual, aparte de reflejar en cierta forma la poderosa gravitación del agrupamiento socialista, cuyos postulados permean el cuerpo social chileno, expresaba el malestar de la clase media, fuertemente afectada por un capitalismo que parecía haber llegado a un cuello de botella. De manera que cuando la DC vota por Allende en el Congreso hace una clara opción política cuya significación no podía ser desdeñada; expresaba ella contradicciones reales de la sociedad chilena, cuyas tensiones creaban un cuadro político lo suficientemente complicado como para que el gobierno socialista pudiera constituirse. ¿Comprendió bien la mayoría de la UP la peculiaridad de la situación creada por la existencia de tres polos políticos? En todo caso, aquella complejidad, que durante mucho tiempo mantuvo al potente "centro" político del país fuera del bloque derechista, explica por qué las Fuerzas Armadas no podían haber actuado antes: su pronunciamiento habría carecido de peso político, cosa que en Chile, dado el alto grado de refinamiento de su vida política, como se pudo ver durante tres años, importaba demasiado.

UN PROCESO ESENCIALMENTE POLITICO

La cuestión de la conquista del poder por parte de la UP, a partir del gobierno, no puede ser discutida pasando por alto la circunstancia de que éste había sido ocupado mediante un proceso esencialmente político y no a través de la lucha armada. La

victoria electoral había dejado intacto todo el aparato del poder burgués. La marcha hacia el poder debía tener lugar, entonces, contando como datos del problema la presencia del antiguo ejército, de la oposición política legal, de la prensa reaccionaria, del juego parlamentario, de la paleolítica estructura judicial. La UP disponía de una sola carta: el control del ejecutivo, que no era poca cosa, puesto que disputar el poder con la ventaja de hacerlo desde el gobierno debe resultar menos arduo que desde fuera de él. Por lo demás, la forma armada de llegar al gobierno no constituye por sí sola una garantía frente a la contrarrevolución. Si un gobierno socialista constituido por vía insurreccional no logra consolidar la fuerza social, política y militar que lo mantenga en el poder, también cae. Ejemplo: Hungría 1919, gobierno socialista de Bela Kun.

Esa era; pues, la ecuación a resolver. La conquista del gobierno no había significado —*ni podía significarlo dentro del corto plazo*— la desaparición de todo el andamiaje institucional, jurídico y militar del *ancien régime*. Era a partir de allí, de la comprobación de esa realidad que no podía ser esquivada sino renunciando al gobierno, de donde debía proseguir la áspera labor de crear un poder socialista. El curso de los acontecimientos presentaba una originalidad y una complejidad que debían ser asumidas por la UP y ese fue el reto que Allende, con infinita paciencia y habilidad, trató de enfrentar. ¿Por qué no tuvo éxito? ¿Era, entonces, una quimera el objetivo que se propuso? ¿Cayó Allende en la trampa de la institucionalidad burguesa? ¿Creyó ingenuamente en la imparcialidad y apoliticismo del ejército, en el peso de las tradiciones políticas y culturales de Chile? Quienes responden afirmativamente a estas preguntas parecen no captar el hecho de que un hombre cuya capacidad de maniobra, cuya “muñeca”, se habían hecho legendarias, difícilmente podía ser calificado de ingenuo, de cándido o de bobo. La explicación del fracaso no puede ser tan convencional.

Además, toda discusión que reduzca el asunto a la tolerancia de Allende ante la acción subversiva —y es posible que así haya sido—, sin considerar, empero, el conjunto de la política que desde el primer día debía implementarse, tal vez no eche mucha luz sobre el asunto. Esa tolerancia parece evidente, pero el ejercicio represivo no puede ser disociado del contexto político: si éste se ha tornado desfavorable, pedir medidas para “aplastar” la sedición puede no pasar de simple fraseologismo.

Y el contexto político se tornó desfavorable en el curso de tres años durante los cuales la derecha ganó al centro y se cohesionó, mientras la izquierda se hizo cada

vez más incoherente e ineficaz. Si la victoria había sido posible gracias a la tri-polaridad política de Chile (PN, DC y UP), la vía hacia el poder pasaba por el mantenimiento de ese esquema o por la conquista del “centro”, lo cual exigía que el ritmo de las transformaciones estructurales y la velocidad del proceso completo, así como la actitud ante los distintos agrupamientos políticos actuantes —en particular ante la DC— estuviese marcada precisamente por la circunstancia de que el gobierno no había sido conquistado a tiro limpio. La UP no podía comportarse desde el gobierno como si su posición fuera la de Fidel Castro: el natural gradualismo de otras transformaciones revolucionarias (actitud ante el pequeño y el mediano capitalismo, respeto a enclaves económicos o militares del imperialismo, concesiones económicas a empresas capitalistas, etc.), tal vez ha debido ser más cauteloso aún en el caso chileno. En esta materia Allende demostró siempre la posesión de un elevado sentido de la realidad, que contrastaba con el de importantes sectores de la UP, en los cuales el gusto por la retórica ultra-revolucionaria parecía dominar toda otra cualidad.

UNA CHACHARA VACIA

Frente a la vacía cháchara sobre la “inevitabilidad de la confrontación” —tópico favorito de notorios responsables de la UP y del MIR, quienes pensaban y actuaban en el sentido de provocarla (!) —estorbando así el trabajo de Allende— éste se movió guiado por la idea de que era posible evitarla, y que, además, era necesario evitarla o, en todo caso, postergarla lo más que se pudiera. Cualquier confrontación con un ejército unido estaba perdida de antemano, bien lo sabía Allende. Así como Engels, en el siglo pasado, declaró que la época de las barricadas estaba superada y que era preciso inventar nuevas formas insurreccionales, después de que el prefecto Hausmann derribó las estrechas callejuelas de París y construyó espaciosas y rectas avenidas para que el tiro de cañón no encontrara obstáculos, toca hoy comprender que frente a los medios militares que el más subdesarrollado de los países puede utilizar, frente a un ejército unido y con el poder de fuego que dan la aviación, los blindados, la artillería y la eficacia que proporcionan los planes operativos precisos y las ventajas logísticas y comunicacionales, las frases sobre la “movilización de masas” para hacer frente a los golpes militares no dejan de tener el patetismo de todas las cosas demodés. Allende no dejaba de intuirlo cuando, al decir de Debray, preguntaba melancólicamente:

mente: ¿Cuántas masas es preciso mover para detener un tanque?

A Allende se le reprocha su apego a la constitucionalidad. ¡Si esa era su fuerza y su escudo! Teniendo apenas el ejecutivo y ninguna otra partícula de poder real, lo único que preservaba a ese poder ejecutivo, dentro de las condiciones chilenas, era justamente el respeto a la Constitución y el ejercicio cabal de las funciones propias de todo gobierno, en particular las atinentes a la defensa del orden público. De allí que las continuas provocaciones provenientes desde la ultra-izquierda no pudieran ser más irresponsables: colocaban al Presidente dentro de los brazos de una tenaza; por todo lo que era no quería reprimir a esos sectores y al mismo tiempo no podía dejar de percibir que la lenidad ante ellos desgastaba continuamente su gobierno. Siendo tan precario el poder creado, la aceleración de los ritmos revolucionarios —tomas de fincas de 30 hectáreas, ocupación de pequeñas fábricas—, aparte de desorganizar gravemente la economía, no podía sino colocar al gobierno en serios aprietos. Haciendo equilibrio sobre el filo de la navaja, cualquier demostración de incapacidad para mantener el orden público era agua para el molino de la sedición.

UN JUEGO SUTIL

Un juego tan delicado y sutil como el que estaba obligado a hacer Allende pedía una UP muy clara, muy coherente, muy capaz de proceder como gran factor de lucidez política con respecto a las masas y apta para derrotar políticamente y con las masas las negativas posiciones del ultra-izquierdismo. Pero cuando éste se aposenta en sectores demasiado importantes de la UP, la tarea de Allende se hace casi impropia. Mantener el esquema tri-polar por ejemplo, comportaba una política de concesiones y entendimientos con la DC, que Allende nunca pudo hacer libremente, maniatado como estaba por su flanco izquierdo. Se decía que ello constituía un retroceso. Claro que lo era, pero siempre será preferible retroceder para salvaguardar la posibilidad de continuar avanzando, antes que perderlo todo. Que en definitiva fue lo que ocurrió, sin que quienes juraban y perjuraban que lo conducente era dejar sólo al presidente, para así desencadenar el golpe, hayan podido demostrar que la línea de dureza que proponían correspondía a una capacidad real de hacer frente a las consecuencias de ella.

Mantener el esquema tri-polar era imposible sin una política positiva ante la clase media, de la cual sólo era un aspecto el tratamiento a la DC. Pero la UP es-

ta imposibilitada de diseñar una línea ante ese sector social. Marcada por una larguísima tradición obrerizante —revolución "proletaria"—, que dividía a Chile entre obreros... y los demás, aferrada a los estúpidos clichés del marxismo falsificado sobre la pequeña burguesía, veía en ella una capa más o menos enemiga, con respecto a la cual la única política posible era la de comprarla por el estómago (tal como oí decir por TV a uno de los dirigentes de la UP). Con semejante *background*, a la UP no podía menos que escapársele la clase media.

De este modo, las aperturas políticas de Allende fueron permanentemente bloqueadas y/o torpedeadas por importantes sectores de la UP. Si se recuerda a los bolcheviques lanzando la NEP —restauración del capitalismo en el campo y en la distribución comercial— o firmando la paz de Brest Litovsk —entregando millares de kilómetros cuadrados a los alemanes—, si se recuerda a Mao devolviendo a Chiang Kai-Shek, después de los acuerdos de Chungching, provincias enteras, con más de cien millones de habitantes, conquistadas en guerra; si se recuerda, en fin, que el gran arte de la revolución es de los compromisos y retrocesos, y luego se descubre que Allende no podía devolver una fábrica de peines, de 30 obreros, podrá tal vez comprenderse la dramática lucha de este gigante solitario y la amarga desesperación que lo llevó a decir que después de todos los enroques posibles se había quedado sin peones.

LA DIVISION DEL ENEMIGO

Allende trató de agotar, contando con una seria oposición dentro de la UP, su única posibilidad: el camino político. Crear la fuerza socialista que conquistara el poder implicaba *sobre todo* mantener la división del campo opuesto, ganando o neutralizando al centro, e impedir la desorganización económica, amén de una movilización y armamento popular que sin embargo poseían una limitación porque debían hacerse dentro de la camisa de fuerza de una legalidad que no obstante atar los brazos del gobierno también lo protegía y por tanto aquellas no podían tener las características que los narcisos del fraseologismo revolucionario pedían.

El ejército actuó precisamente cuando tuvieron lugar dos acontecimientos: 1) dos días después de que la DC exige la renuncia de Allende; 2) cuatro días después de que Altamirano anuncia la disposición del PS de abandonar el gobierno si no se lleva a su punto más alto la energía revolucionaria de éste. Es decir, pasó a la acción en el momento en que la derecha atrae de-

finitivamente al centro y crea un bloque único y en que llega al climax la desunión y la incoherencia de la izquierda. En ese instante, el ejército a pesar de estar embrionariamente dividido, actuó como institución, en medio del vacío de poder creado, y por tanto pudo disponer fácilmente de los oficiales y sub-oficiales comprometidos con la UP. Dentro de aquel contexto político, el verticalismo y la disciplina castrenses eran casi imposible de romper por los militares disidentes.

Se precisa, pues, de toda la monumental vacuidad teórica de ese caletreiro del marxismo que es Domingo Alberto Rangel para escribir, con la grave pedantería de todos los Perogrullos: "El error de los chilenos fue el no haber entendido que las reformas económicas conducen a un entrenamiento armado". No, eso lo entendían todos. Unos, desde las posiciones del charlatanismo "revolucionario" mitómanos de una confrontación armada de la cual ahora deben saber, muy duramente, cuáles son los alcances— y otros, como Allende, desde el ángulo de que debía ser evitada a como diera lugar— aún limitando algunas de las reformas económicas— porque adivinaba claramente el desenlace de una batalla que ni su gobierno ni la UP tenían como librar, por mucho que contaran con un gigantesco y creciente apoyo popular. Y la apuesta de Salvador Allende no era descabellada. Sólo que hubo un imponderable: no tenía equipo.

Quisiéramos finalizar presentando algunos aspectos de las concepciones del MAS acerca de las características de nuestro propio curso revolucionario, las cuales, a la luz de lo ocurrido en Chile, deben ser aún más afinadas y profundizadas, y cuya discusión tiene hoy mayor pertinencia que nunca.

EL SUJETO REVOLUCIONARIO

En primer lugar, la ubicación del sujeto revolucionario en un bloque social y no en una clase en particular, que supuestamente operaría como vanguardia y ductora de otras. En las condiciones de Venezuela, ese bloque puede ser articulado políticamente mediante y en una vanguardia revolucionaria capaz de proporcionar los elementos programáticos y las líneas de acción política y organizativa que hagan explícitos los rasgos de un proceso de cambio social que no puede ser agotado sólo por una clase social, de manera que distintos sectores puedan ubicarse a sí mismos como actores de él. Ese bloque social no es un pacto político ni una abstracta alianza entre clases sino que se expresa en una dinámica político-social en la cual sea posible diseñar, a partir de la organización

revolucionaria, una salida totalizadora para la crisis que corroe los cimientos de la sociedad venezolana, y, además, viable y, por tanto, admisible para las fuerzas sociales que implícitamente "integran" ese bloque.

El capitalismo dependiente y los desajustes creados por la civilización que le es propia entrañan, por una parte, un violento proceso de proletarización de la población, muy rápido en los niveles de la marginalidad social y más pausado en los de la clase obrera urbana y rural. Para estos sectores las costas del crecimiento capitalista son particularmente gravosas, si se las mide en términos de desventaja económica y miseria física, con toda la secuela de calamidades sociales que ello comporta. Pero también gruesos sectores de las capas medias están sometidos a las peculiares tensiones de una sociedad presionada por la inflación, la inseguridad social, la crisis educacional, el consumo masivo de drogas, la enloquecedora incitación al despilfarro consumístico, etc. De manera que toda pretensión obrerizante dejaría de salir al encuentro de tendencias potencialmente transformadoras presentes en otros sectores sociales y, por la irritante exclusión apriorística de ellos que establece la supuesta condición "proletaria" del socialismo corta los canales de comunicación con aquellos sectores, marcando el proceso de luchas sociales con un sello que no puede abarcar toda la diversidad y riqueza de manifestaciones críticas de una sociedad cuya parcela obrera, por lo demás, es minoritaria con respecto a las otras.

UN NUEVO BLOQUE SOCIAL

De allí que nos veamos obligados a reformular la antigua categoría marxista de dictadura del proletariado en el sentido de proveer una disposición de las clases con respecto al poder caracterizado por el dominio de un nuevo bloque social. Una dictadura proletaria en un país donde el proletariado es minoritario y donde la clase media es tan numerosa constituye un contrasentido y puede ser la fuente de contradicciones insuperables.

En segundo lugar, la más absoluta independencia y autonomía del socialismo venezolano con respecto a los centros socialistas del poder mundial. Relaciones económicas y políticas con ellos no deben significar ningún tipo de subordinación. A tal efecto, esa independencia que hoy, durante la lucha por el socialismo puede ser mantenida sin mayores problemas—tal lo enseña el caso del MAS— en la ocasión de un gobierno socialista en Venezuela exige no solamente una intención de sostenerla sino un tratamiento de las áreas estratégicas

cas de nuestra economía —en particular el petróleo— que proporcione piso sólido a esa intención. Una grave crisis económica podría crear una nueva forma de vulnerabilidad política del país y conducir a una limitación de la soberanía diferente a la creada por el imperialismo pero no menos grave. De allí que con la economía no se pueda jugar ni improvisar.

En tercer lugar, la profunda convicción de que la reorganización global del país solo podría marchar hacia el socialismo y no hacia alguna forma de paternalismo ilustrado si ella incluye la creación de los mecanismos institucionales que hagan reales tanto las nuevas relaciones sociales como el poder del pueblo. Para nosotros, la democracia política y cultural en el socialismo no es un aditamento que puede faltar o no sin que ello modifique la esencia del sistema, sino que es condición *sine qua non*; su supresión transforma sensiblemente la esencia del proyecto. En relación con este aspecto de la cuestión nuevamente es preciso destacar la relevancia de una política económica que impida una crisis

—de allí la importancia de nuestros postulados petroleros y la discusión sobre los ritmos de la socialización, la cual prevemos en dos etapas netamente diferenciadas—, dado que ella podría comprometer seriamente el funcionamiento democrático y el clima político del país, afectando así los objetivos propuestos para el socialismo como realización de la libertad.

En cuarto lugar, la necesidad de hacer factible el proyecto. Para que los venezolanos de esos sectores sociales a que hemos venido haciendo referencia puedan reconocerse en la aspiración socialista, esta tiene que dejar de ser vista como un bello sueño... lamentablemente imposible de cumplir. Esa factibilidad deriva del tratamiento que se dé a temas tan espinosos como el petróleo —vale decir, el imperialismo—, las relaciones internacionales, la democracia socialista, la cuestión militar. Se trata, pues, de resolver la manera de tratar con un país tan pequeño-burgués como éste —y en el término no hay el más mínimo juicio de valor.

Entrevista a Jorge Semprún

por Jorge Raventos

Un miembro de la redacción de I. N. se entrevistó en París con el autor de "La Segunda muerte de Ramón Mercader". Del diálogo con Jorge Semprún surgen los problemas y esperanzas del mundo de los exiliados españoles. Castigados por el transcurrir del tiempo y la persistencia del franquismo han podido, sin embargo, reflexionar sobre la derrota de la revolución y la traición del stalinismo. Han sacado conclusiones que necesariamente se vincularán a las experiencias de las nuevas generaciones militantes españolas. Sobre estos temas versa la primera película dirigida por Jorge Semprún

sobre ellos giró la conversación con Jorge Raventos. (N. de la R.)

En un París agitado por las huelgas y por las siempre bulliciosas manifestaciones de los estudiantes la indiferencia acompañó a la primera película de Jorge Semprún —*Las dos memorias*—, era previsible: aquí la guerra civil española no tiene lugar; los medios liberales e izquierdistas sólo se ocupan por el momento de Chile, y esa pasión es aprovechada por editores y autores antes de que alguna nueva catástrofe modifique nuevamente la voluble atención del público. Sin embargo, el filme de Semprún no me-

recía esa suerte y, si llega a estrenarse en la Argentina, seguramente no la correrá.

Por cierto, *Las dos memorias* no es una película fácil ni demagógica, del tipo de *Morir en Madrid*. Antes bien, se agita en ella un aliento crítico enderezado a destruir esa buena conciencia frentepopulista que reduce toda la problemática de la revolución y la guerra civil española al secular enfrentamiento maniqueo entre buenos y malvados.

Tampoco se trata de una película de acción en la que las imágenes oculten la ausencia de ideas. Por el contrario, *Las dos memorias* es casi una trampa para espectadores superficiales ya que prevalece en ella un tono ensayístico acompañado por una fotografía ascética. Es evidente allí la intención de evitar que el formalismo se anteponga al contenido del film, un pecado que Semprún cometió como escritor en su *Segunda muerte de Ramón Mercader*.

Diez años después del estreno de *La guerra ha terminado*, *Las dos memorias* se constituye en una prolongación (en otro nivel y con distinto lenguaje) de la obra de Resnais. Esta vez Semprún asume toda la responsabilidad, no sólo la del guión y el argumento. Para subrayar la continuidad, Diego —el personaje de Yves Montand en *La guerra...*— reaparece aquí, citado por Semprún, invadiendo el campo estrictamente testimonial de la película para interrogar al director sobre su propia memoria de los acontecimientos españoles.

Desde el punto de vista político *Las dos memorias* presenta algunas novedades: la autocrítica del secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo ("Nosotros creíamos entonces que los del POUM y todos los trotskistas eran agentes provocadores pagados por las potencias del Eje; ahora sabemos que ellos son una corriente del marxismo"); el testimonio de Manuel de Irujo, que fuera ministro de Justicia de la República, sobre las presiones soviéticas para destruir totalmente al POUM.

Pero por sobre todo, la obra de Semprún parece una botella lanzada al mar, a la espera de que alguien la recoja en el futuro en la propia España.

Sobre todas estas cuestiones este cronista interrogó, durante dos días consecutivos a Semprún en su departamento de Boulevard Saint Germain. Lo que sigue es un resumen de esa larga conversación.

—La reaparición de Diego-Yves Montand en *Las dos memorias* convierte a la película en una especie de apéndice a "La guerra ha terminado". ¿Eso fue una idea nueva o ya estaba previsto cuando escribió el guión para Resnais?

—En realidad hace mucho, mucho tiempo que he pensado en hacer una película sobre la revolución y la guerra de España. La de Resnais significó una primera forma de sa-

car afuera algunas ideas que habían ido constituyendo mi memoria.

—¿Cuál es la memoria de Semprún?

—Mi primera memoria es la de la infancia: unas vacaciones interrumpidas en julio, una ruptura. Mi padre fue diplomático de la República y muy pronto dejamos España. La memoria directa de esa época es muy pobre, pues. Luego está la memoria del exilio. Durante los años de la guerra pensábamos en retornar, que todo sería como unas largas vacaciones en el extranjero después de las cuales todo recomenzaría. Pero yo sentía la ruptura: un adolescente estudiando en un idioma extranjero, la dispersión familiar después de la derrota republicana y todos los trámites administrativos, papeles, cédulas de identidad que obligan permanentemente a recordar que uno es un refugiado después de una guerra que terminó mal. Más tarde el ingreso al Partido Comunista y a la Resistencia volvieron a fortalecer la idea de que aún había esperanzas, que luchábamos contra el mismo enemigo que la derrota del fascismo significaría el retorno.

Se produce entonces mi arresto y deportación al campo de Buchenwald. No era un campo de exterminio, sino un campo de concentración, de trabajo forzado. Allí los comunistas alemanes habían adquirido cierto control sobre la organización interna del campo y había una gran vida política. La Internacional Comunista, que ya había sido disuelta parecía revivir en ese campo donde los comunistas de distintas nacionalidades se encontraban, discutían. En 1945, ya liberado y en París yo quise prolongar esa situación, esa camaradería, yendo a pelear a España como guerrillero, lo que no ocurrió.

—Pero el Partido Comunista español estaría organizado en Francia...

—Sí, claro. Yo militaba. Es decir, iba a mis reuniones, como militante de base. Allí comenzó esa fatiga, esa irritación, esa repulsión mezclada con la ternura hacia los exilados que se empeñaban en vivir de acuerdo a sus sueños, a su mitología. Obcecados en creer que ellos eran la verdadera España.

—¿Cuándo volvió a España?

Fue en 1953. El partido me ofreció una misión dentro del país. Yo la acepté de buen grado. Se trataba de una tarea en el interior, como responsable de formación política. En 1954 mecooptaron al Comité Central y me encargaron una tarea importante: el frente de los intelectuales y los estudiantes. Se sabe que en los países atrasados como España las crisis tienen un vivo reflejo en las clases medias. Mi trabajo anduvo bien. Por lo demás yo era el único miembro de la dirección en España, lo que pronto me hizo tomar conciencia de una situación que requería nuevos análisis políticos, pues nada tenía que ver con las fórmulas cristalizadas de los viejos combatientes.

recia esa suerte y, si llega a estrenarse en la Argentina, seguramente no la correrá.

Por cierto, *Las dos memorias* no es una película fácil ni demagógica, del tipo de *Morir en Madrid*. Antes bien, se agita en ella un aliento crítico enderezado a destruir esa buena conciencia frentepopulista que reduce toda la problemática de la revolución y la guerra civil española al secular enfrentamiento maniqueo entre buenos y malvados.

Tampoco se trata de una película de acción en la que las imágenes oculten la ausencia de ideas. Por el contrario, *Las dos memorias* es casi una trampa para espectadores superficiales ya que prevalece en ella un tono ensayístico acompañado por una fotografía ascética. Es evidente allí la intención de evitar que el formalismo se anteponga al contenido del film, un pecado que Semprún cometió como escritor en su *Segunda muerte de Ramón Mercader*.

Diez años después del estreno de *La guerra ha terminado*, *Las dos memorias* se constituye en una prolongación (en otro nivel y con distinto lenguaje) de la obra de Resnais. Esta vez Semprún asume toda la responsabilidad, no sólo la del guión y el argumento. Para subrayar la continuidad, Diego —el personaje de Yves Montand en *La guerra...*— reaparece aquí, citado por Semprún, invadiendo el campo estrictamente testimonial de la película para interrogar al director sobre su propia memoria de los acontecimientos españoles.

Desde el punto de vista político *Las dos memorias* presenta algunas novedades: la autocrítica del secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo ("Nosotros creíamos entonces que los del POUM y todos los trotskistas eran agentes provocadores pagados por las potencias del Eje; ahora sabemos que ellos son una corriente del marxismo"); el testimonio de Manuel de Irujo, que fuera ministro de Justicia de la República, sobre las presiones soviéticas para destruir totalmente al POUM.

Pero por sobre todo, la obra de Semprún parece una botella lanzada al mar, a la espera de que alguien la recoja en el futuro en la propia España.

Sobre todas estas cuestiones este cronista interrogó, durante dos días consecutivos a Semprún en su departamento de Boulevard Saint Germain. Lo que sigue es un resumen de esa larga conversación.

—La reaparición de Diego-Yves Montand en *Las dos memorias* convierte a la película en una especie de apéndice a "La guerra ha terminado". ¿Eso fue una idea nueva o ya estaba previsto cuando escribió el guión para Resnais?

—En realidad hace mucho, mucho tiempo que he pensado en hacer una película sobre la revolución y la guerra de España. La de Resnais significó una primera forma de sa-

car afuera algunas ideas que habían ido constituyendo mi memoria.

—¿Cuál es la memoria de Semprún?

—Mi primera memoria es la de la infancia: unas vacaciones interrumpidas en julio, una ruptura. Mi padre fue diplomático de la República y muy pronto dejamos España. La memoria directa de esa época es muy pobre, pues. Luego está la memoria del exilio. Durante los años de la guerra pensábamos en retornar, que todo sería como unas largas vacaciones en el extranjero después de las cuales todo recomenzaría. Pero yo sentía la ruptura: un adolescente estudiando en un idioma extranjero, la dispersión familiar después de la derrota republicana y todos los trámites administrativos, papeles, cédulas de identidad que obligan permanentemente a recordar que uno es un refugiado después de una guerra que terminó mal. Más tarde el ingreso al Partido Comunista y a la Resistencia volvieron a fortalecer la idea de que aún había esperanzas, que luchábamos contra el mismo enemigo que la derrota del fascismo significaría el retorno.

Se produce entonces mi arresto y deportación al campo de Buchenwald. No era un campo de exterminio, sino un campo de concentración, de trabajo forzado. Allí los comunistas alemanes habían adquirido cierto control sobre la organización interna del campo y había una gran vida política. La Internacional Comunista, que ya había sido disuelta parecía revivir en ese campo donde los comunistas de distintas nacionalidades se encontraban, discutían. En 1945, ya liberado y en París yo quise prolongar esa situación, esa camaradería, yendo a pelear a España como guerrillero, lo que no ocurrió.

—Pero el Partido Comunista español estaría organizado en Francia...

—Sí, claro. Yo militaba. Es decir, iba a mis reuniones, como militante de base. Allí comenzó esa fatiga, esa irritación, esa repulsión mezclada con la ternura hacia los exilados que se empeñaban en vivir de acuerdo a sus sueños, a su mitología. Obcecados en creer que ellos eran la verdadera España.

—¿Cuándo volvió a España?

Fue en 1953. El partido me ofreció una misión dentro del país. Yo la acepté de buen grado. Se trataba de una tarea en el interior, como responsable de formación política. En 1954 me cooptaron al Comité Central y me encargaron una tarea importante: el frente de los intelectuales y los estudiantes. Se sabe que en los países atrasados como España las crisis tienen un vivo reflejo en las clases medias. Mi trabajo anduvo bien. Por lo demás yo era el único miembro de la dirección en España, lo que pronto me hizo tomar conciencia de una situación que requería nuevos análisis políticos, pues nada tenía que ver con las fórmulas cristalizadas de los *viejos combatientes*.

—Además, su actitud crítica coincidía cronológicamente con la muerte de Stalin y con el clima previo al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética...

—Sí, claro. Pero el partido español tenía sus propias discusiones internas, y el impacto del informe de Kruschev se superimpuso a ellas, y en cierto sentido prolongó la vida partidaria de algunos de nosotros. Si no hubiera sido por el clima de descongelamiento de aquellos días, yo hubiera sido expulsado entonces.

—En cambio, fue expulsado unos años más tarde...

—Sí, en 1964. Mi posición y mis críticas determinaron una crisis que llegó hasta la dirección del partido. Como resultado, fuimos expulsados Fernando Claudín (a quien usted vio en la película) y yo.

—Comienza entonces una nueva memoria de España...

—Sí, una memoria reflexiva que se refleja en *La guerra ha terminado*, cuyo guión fue escrito apenas unas semanas después de la expulsión. Y después una memoria de viajero, *normal*, si usted quiere.

—Si el propio autor del film confiesa tener cinco o seis pliegues de su memoria española, si en la obra se contraponen las visiones de hombres que pertenecieron al bando franquista y al bando republicano, y dentro de éste las de sus diversas fracciones. Si además hay un hiato evidente entre el enfoque de los hombres que combatieron y los representantes de generaciones posteriores, entre quienes permanecen en España y quienes eligieron (o no tuvieron más remedio que) exilarse... En fin, ¿el título de la película no es excesivamente simplificador?

—Tiene razón. El título exacto debería haber sido "La memoria desdoblada" o "La memoria desgarrada". Pero me pareció un nombre demasiado petulante, demasiado pretencioso. De modo que dejé este título aun a riesgo de simplificar.

—Finalmente, quiero hacerle tres objeciones. La primera: ¿Porqué ha hecho hablar a muchos de los testigos en francés?

—Hubo algunas razones de producción.

El hombre que financió *Las dos memorias* (quiero aclararle que se trata de una coproducción, y mi aporte a ella es un guión con el que compensaré el adelanto de quien puso el dinero) tenía muchas esperanzas en el público francés y me pidió que hubiera testimonios en ese idioma. Pero yo no le hubiera hecho caso si no lo hubiera considerado útil. Y sucede que creí conveniente que hombres que hace muchos años vienen repitiendo sus recuerdos se vieran obliga-

dos, al cambiar de idioma, al expresarse en una lengua extraña, a repensar su versión, a escucharse. Además, creo que hay algo de verdadero en ese francés de extranjeros que hablan los exiliados.

—En segundo lugar: falta —al margen de toda valoración— un testimonio del Partido Socialista.

—Claro está, claro está. Pero eso hay que atribuírselo a una falla que llamaremos técnica. Yo filmé un testimonio de Rodolfo Llopis, un hombre de importancia en la España republicana, miembro del ala izquierda del Partido Socialista Obrero. Pero tuve que hacerlo el mismo día que se realizaba un congreso del Partido en el interior de Francia. Ya sabe usted como son los congresos socialdemócratas: cotorreos, algunas intrigas. Bueno, que Llopis estaba muy nervioso y se paraba a cada momento, salía de la habitación. Técnicamente no se podía incluir eso en la película. Pero el testimonio de él está grabado. Igual que las casi cincuenta horas de filmación, todo el material quedará archivado para uso de todos aquellos que en el futuro lo necesiten.

—Por último: hay ciertos momentos que podríamos llamar *didácticos* en el filme, en los que se hace un resumen de lo narrado. ¿No le parece algo antipático que esos momentos estén a cargo de un historiador norteamericano?

—También eso debo atribuírselo a fallas técnicas. Estaba previsto que tres historiadores (Jackson, Herbert Southworth y Pierre Broué) aparecieran en determinados momentos, al fin de cada capítulo, y que discutieran entre ellos. Eso hubiera neutralizado esa presión que usted menciona. Pero Broué no pudo venir a la filmación. Y Southworth explicaba las cosas con muchos detalles, de un modo poco cinematográfico. Yo había pensado también en incluir a un historiador español, pero el hombre que yo quería trabajar en España y no aceptó, lo que es bastante lógico.

—¿Habrà una nueva película sobre España?

—No sé. Lo que ahora voy a hacer es un ensayo sobre el estado y la revolución en la guerra civil española. La película deberá seguir su camino. Espero que en algunos años los españoles de España puedan verla.

—¿Después de Franco?

—Mire, la muerte de Franco no es una condición. En España hacen falta cosas que puedan ocurrir sin necesidad de que Franco muera. Y que puedan no ocurrir aunque "el Caudillo" desaparezca.

JORGE RAVENTOS

Los Maestros del "Maestro"

Juan B. Justo

Notas Taquigráficas del Congreso de Stuttgart (1907)

La lectura de esta versión taquigráfica de las discusiones en la Comisión sobre los problemas coloniales del Congreso de la II Internacional de Stuttgart, en 1907, permite medir el grado de corrupción en que había caído la socialdemocracia europea a comienzos de siglo. La expoliación del mundo colonial por el imperialismo en ascenso había ido vinculando de manera creciente a capas importantes del proletariado a los beneficios de esa gigantesca expansión. Los partidos socialistas dejaron de lado la lucha por la toma del poder y la instauración del socialismo y se propusieron satisfacer simplemente los objetivos inmediatos. Por la vía de las reformas parciales, el avance de la cultura y la democracia parlamentaria creyeron resolver los males del sistema capitalista. Debieron para ello "revisar" a Marx y finalmente abjurar de él. En relación al mundo colonial, relativizaron el problema, no por creer en la inminencia de la revolución en Europa sino por adoptar lisa y llanamente la política de sus propias burguesías imperialistas. La fórmula de una política socialista "civilizadora" contra la "barbarie" colonial sería el basamento de esa política. A través de ella, su discípulo socialista colonial, Juan B. Justo, coincidiría a su vez con la interpretación con que la oligarquía había sepultado las tradiciones nacionales de la Argentina criolla y federal. La oposición a los grandes movimientos nacionales y populares de este siglo había encontrado en

aquella fórmula su fundamento "científico".

Fuente:

VII Congrès Socialiste International tenu à Stuttgart du 16 au 24 août. Citado por Helene Carrere d'Encausse et Stuart Schram, Armand Colin, París, 1965, pág. 159. (N. de la R.)

CONGRESO DE STUTTGART (1907)

Este congreso presenció el primer gran debate sobre las ideas esbozadas tres años antes en el informe Van Kol para el Congreso de Amsterdam.

TERCERA COMISION

DAVID (Alemania): — "Pido que se vote una resolución en la que conste que el congreso socialista acepta en principio la colonización por ser la ocupación y explotación de todo el planeta indispensable para el bienestar de la humanidad, pero entiendo al mismo tiempo que la resolución debe criticar también la gestión del capitalismo. Debemos salir del reino de la declamación. Europa necesita colonias. Es más, todavía no tiene bastantes. Sin colonias, seríamos asimilables, desde el punto de vista económico, a China".

LEDEBOUR (Alemania): — "El ciudadano David ha menospreciado la cuestión funda-

mental, dado que toda política colonial es necesariamente capitalista, porque la explotación de las colonias resulta del capitalismo en sí. David imagina que se pueden evitar esas abominaciones... Es ese un error fundamental... Estimo por el contrario que la política colonial actual es el inevitable resultado del capitalismo, y no es sino por la resistencia de los explotados que se podrá, en cierta medida, disminuir las brutalidades que todos deploramos. Pero en las colonias casi no se puede contar con la fuerza de resistencia de los explotados. La misma, falta casi por completo en la población indígena. En contra de la opinión de David, pienso que debemos encabezar nuestra resolución expresando que no esperamos ningún progreso para la civilización, de la política colonial capitalista, y como en principio, somos adversarios de toda explotación y toda opresión en nuestro propio país debemos al mismo tiempo combatir, en principio, una explotación, una opresión que en gran medida aún azota a las colonias".

TERWAGNE (Bélgica): — En nombre de la minoría de la comisión y de mi partido recomiendo agregar a la resolución la siguiente introducción: "El Congreso no condena en principio y en toda ocasión toda política colonial, la cual, bajo un régimen socialista podría ser una obra civilizadora".

ROVANET (Francia): — "Creo que es falso creer que la colonización sea un fenómeno puramente capitalista. La colonización es también un hecho histórico. Es por ello que apoyo la resolución de Terwagne. Desde hoy, es posible obtener considerables mejoras en las colonias... Creo que el capitalismo tiene buenas espaldas, ya que se le endosan todos los crímenes de la colonización. La misma no es un fenómeno capitalista, sino histórico... Los pueblos de los países civilizados de Europa y de América se enfrentan a enormes espacios. ¿Deben servirse o no de estos espacios para mejorar la existencia económica de sus países? Respondo afirmativamente. Por lo tanto se debe examinar la cuestión de la colonización, inclusive la burguesa".

DAVID (Alemania): — "Propongo hacer preceder el proyecto de resolución por el siguiente texto:

"El Congreso, constatando que el socialismo requiere las fuerzas productivas del mundo, destinadas a ser puestas al servicio de la humanidad, y a elevar a los pueblos de todos los colores y lenguas a la más elevada cultura, ve en la idea colonizadora considerada en este informe, un elemento integral del fin universal de civilización que persigue el movimiento socialista".

TERWAGNE (Bélgica): — "A nosotros, los belgas, la cuestión se nos plantea así: "Dejaremos el Congo así como está, o queremos mejorar las condiciones allí?... ¡No cerremos la puerta del porvenir! Si, de hoy a ma-

ñana, se suprimiera la producción de las colonias, la industria se vería gravemente perjudicada. Es lógico entonces que los hombres aprovechen todas las riquezas del mundo, sea donde sea que se las encuentre...

Necomiendo entonces la enmienda que he propuesto y que además se encontraba en la redacción primitiva del texto propuesto por Van Kol.

El Presidente Van Kol: — "Lo que acaba de decir Terwagne es exacto. La primera redacción de mi resolución lleva como introducción la siguiente cláusula:

"El Congreso, aún constatando que en general se exagera en mucho especialmente para la clase obrera— la utilidad o la necesidad de las colonias, no condena en principio y en toda ocasión, toda política colonial que, en un régimen socialista, podrá ser una obra de civilización".

Pensándolo bien, propongo restablecer esta cláusula...

Propongo ahora pasar a la votación. La resolución original de Van Kol es adoptada por una gran mayoría... La cláusula adicional de Van Kol lo es por 18 votos contra 10... el texto adoptado por la mayoría de la Comisión es por lo tanto encabezado como sigue:

PROYECTO DE RESOLUCION

"El Congreso, aún constatando que en general se exagera en mucho —especialmente para la clase obrera— la utilidad o la necesidad de las colonias, no condena en principio y en toda ocasión, toda política que, en un régimen socialista, podrá ser una obra de civilización.

Reafirmando sus resoluciones de París (1900) y de Amsterdam (1904), el Congreso reprueba la actual colonización que, siendo de esencia capitalista, no tiene otro fin que conquistar países y subyugar pueblos para explotarlos sin piedad en beneficio de una ínfima minoría, agravando además las cargas de los proletarios de la metrópoli.

Enemigo de toda explotación del hombre por el hombre, defensor de todos los oprimidos sin distinción de razas, el Congreso condena esta política de rapiña y de conquistas, aplicación del derecho del más fuerte que pisotea el derecho de los pueblos vencidos y además constata que la política colonial aumenta el peligro de complicaciones internacionales y guerras entre los países coloniales... El Congreso declara que los socialistas tienen el deber de oponerse irreductiblemente en todos los parlamentos a este régimen de explotación a ultranza y de servilismo, que azota a todas las colonias existentes, exigiendo reformas para mejorar la suerte de los indígenas, velando por el mantenimiento de sus derechos, obstaculizando toda explotación y toda servidumbre, y trabajando, por todos los medios

a su alcance, en educar a esos pueblos para la independencia."

TERCERA REUNION PLENARIA

Presidencia del ciudadano Singer.

El Presidente: —“La Comisión Colonial ha concluido su labor, y nos ha transmitido una resolución... La minoría de la Comisión me hizo llegar igualmente una resolución firmada por los ciudadanos Ledebour, Warm, Delaporte, Bracke y Karski. Hela aquí:

1º — Suprimir en la resolución de la mayoría el párrafo I.

2º — Reemplazar dicho párrafo por el siguiente texto:

“El Congreso considera que la política colonial capitalista, por su misma esencia, lleva necesariamente a la servidumbre, al trabajo forzado o a la exterminación de las poblaciones indígenas en el dominio colonial.

“La misión civilizadora de que hace alarde la sociedad capitalista no le sirve más que como pretexto para cubrir su sed de explotación y conquista. La sociedad socialista podrá ofrecer a todos los pueblos la posibilidad del pleno desarrollo de sus civilizaciones.”

Van Kol (Holanda): —“Una gran mayoría de la Comisión adoptó una resolución que, a mi entender, renuncia al punto de vista puramente negativo, y reclama una política colonial socialista. La resolución de la minoría, al contrario, revela un sombrío espíritu de desesperanza y duda.

Nosotros, holandeses, somos uno de los más viejos pueblos coloniales, pero hemos obtenido que no se mate, que no se martirice, que no haya un pillaje cotidiano en las colonias holandesas. Los planes para el porvenir de Ledebour son puramente utópicos. Acaso no sabe él que la política colonial del mañana será siempre pacífica, según principios humanitarios...? La cuestión de las colonias es el gran problema que dominará la historia moderna. Por lo tanto, se debe crear una política colonial socialista.

Ha habido colonias desde que existe la humanidad, y creo que las habrá por largos siglos todavía... Me limito a preguntarle a Ledebour si, bajo el actual régimen, tiene el coraje de renunciar a las colonias. Me dirá entonces lo que hará con la superpoblación de Europa, en qué país podrán encontrar de que vivir los que quieren emigrar, si no es en las colonias? ¿Qué hará Ledebour con el creciente producto de la industria europea si no quiere encontrar nuevas bocas de salida en las colonias? ¿Y quiere él como socialdemócrata, renunciar al deber de trabajar por la cultura de los pueblos atrasados...? Debemos indicar el camino a seguir para disminuir la explota-

ción de los indígenas en las colonias, para aumentar el grado de su civilización, para otorgarles los derechos que reclamamos. Es deber del Congreso velar por que los millones de desgraciados indígenas puedan esperar un futuro mejor, gracias al trabajo práctico de todos los socialistas.” (“¡Muy bien!” en las bancas holandesas y algunas bancas inglesas).

Eduardo Bernstein (Alemania): —“Soy partidario de la resolución de la mayoría... La creciente fuerza del socialismo en ciertos países aumenta igualmente la responsabilidad de nuestros grupos. Es por eso que no podemos mantener nuestro punto de vista puramente negativo en materia colonial... Debemos rechazar la idea utópica, cuya culminación sería el abandono de las colonias. La consecuencia última de esta concepción sería entregar los Estados Unidos a los indios (*conmoción*). Las colonias están, hay que ocuparse de ellas, y estimo necesaria cierta tutela de los pueblos civilizados sobre los no civilizados. Numerosos socialistas lo han reconocido, en particular Lasalle y Marx, éste último especialmente en el tercer volumen de su *Capital*, donde leo la siguiente frase: “La tierra no pertenece a un solo pueblo sino a la humanidad, y cada pueblo debe administrarla en provecho de la humanidad...”

Este hecho fue reconocido por otros congresos internacionales. Es por eso que estimo que debemos ubicarnos en la realidad y oponer a la política colonial capitalista, la política colonial socialista. Gran parte de nuestra economía reposa en la adquisición de los productos de las colonias, productos a los que los indígenas casi no dan utilidad. Por todas estas razones, debemos adoptar la resolución de la mayoría.”

Eduardo David (Alemania): —“Os pido que aceptéis la resolución de la mayoría... Dado que la minoría dice que no es posible mejorar la actual política colonial, que la misma es una desgracia para los indígenas en toda circunstancia, entonces la minoría, si quiere ser consecuente, debe exigir la supresión de las colonias (“¡Muy justo!”) Ledebour me interrumpe y me dice que esa es exactamente su intención. ¡Si es así, que los camaradas ingleses, partidarios de la resolución Ledebour, que los camaradas franceses, que también la apoyan, propongan en sus respectivos parlamentos este abandono de las colonias! ¿Qué pasaría entonces con las colonias? No serían los sentimientos humanitarios los que triunfarían. Sería la barbarie. (“¡Muy bien!” en algunas bancas...) Las colonias deben también atravesar el estadio del capitalismo, y no se puede, y más allá que acá, saltar directamente de la barbarie al socialismo (“¡Muy bien!”).

Karski (Alemania): —“David ha reconocido el derecho de una nación a tutelar otra nación. El valor de semejante tutela lo conocemos nosotros, nosotros los polacos, nosotros que tenemos como tutor al Zar de Rusia y al gobierno de Prusia (“¡Muy bien!”) Es esta una confusión terminológica, debida menos a la influencia burguesa que a la de los “halconetes” (1). Para afirmar que todo pueblo debe pasar por el capitalismo, David invoca la autoridad de Marx. Discuto esta interpretación. Marx dice que los pueblos en los que hay un comienzo de desarrollo capitalista deben atravesar completamente esta evolución, pero jamás ha dicho que todos los pueblos deben pasar por el estadio capitalista. . .

Creo que para un socialista existen otras civilizaciones además de la capitalista o la europea. No tenemos ningún derecho a envalentonarnos tanto por nuestra civilización e imponérsela a los pueblos asiáticos, que gozan de una cultura mucho más antigua y quizás mucho más refinada (*Bravos*). David ha afirmado además que las colonias recaerían en la barbarie si se las dejara librada a sí mismas. Esta afirmación me resulta sujeta a precauciones, en especial en relación a las Indias. Me represento la evolución en esos lugares de un modo totalmente distinto. Se puede allí comprender perfectamente el sostenimiento de la cultura europea, sin que por eso los europeos deban dominar por la fuerza de sus bayonetas. De este modo, ese pueblo podría perfectamente desarrollarse libremente. Por lo tanto, propongo votar la resolución de la minoría.

Kautsky (Alemania): —“¿Porqué, entonces, la idea de una política colonial socialista encuentra tantos partidarios en este medio, en tanto me parece que, en realidad, la misma se basa sobre una contradicción lógica. Atribuyo este hecho a lo siguiente: sucede que la idea era tan nueva que no se ha tenido tiempo para deliberar sobre su real significado. Hasta el presente, jamás hemos oído hablar de una política colonial socialista. . .

Se dice que debemos perseguir una política civilizadora, y que debemos dirigirnos hacia las poblaciones retrasadas, para transformarnos en educadores y consejeros de estas poblaciones primitivas. Estoy completamente de acuerdo. Apruebo lo que al respecto ha dicho Bernstein. Tenemos todo el interés de que sus poblaciones primitivas alcancen un cultura superior, pero lo que discuto es que para ello haga falta una política colonial, que sea necesario conquistar y dominar. Podría incluso decir que la política colonial es contraria a la política civilizadora. (“¡Muy bien!”) Es un error muy difundido decir que los pueblos atrasados son adversarios de la civilización que les es aportada por pueblos más civilizados. La

experiencia demuestra por el contrario, que allí donde se muestra buena voluntad hacia los salvajes, estos adoptan de buen grado los instrumentos y la ayuda de una civilización superior.

Pero si se viene a dominarlos, a suprimirlos, a someterlos, cuando deben dejarse tutelar por un despotismo, aún benevolente, pierden toda confianza; y rechazan, con la dominación extranjera, la cultura extranjera, y se culmina con el combate y la devastación. ¿Podemos ver que en todos los lugares en que se practica una política colonial, no asistimos a una elevación sino a una depresión de los pueblos! El régimen socialista nada podría hacer al respecto. Debería también considerar a las colonias como a cuerpos extranjeros. Se vería también obligado a crear una dominación extranjera. Si queremos hacer de civilizadores frente a los pueblos primitivos, nuestra primera necesidad es ganarnos su confianza, la que no ganaremos si no le damos la libertad (*Bravos*).

Bernstein ha tratado de hacernos creer que esta política de conquista ha sido una necesidad natural. Me ha asombrado mucho que él haya defendido aquí esa teoría, según la cual hay dos grupos de pueblos, los unos destinados a dominar, y los otros a ser dominados, existiendo así pueblos incapaces de conducirse y de administrarse. Pueblos de niños grandes. No se trata más que de una variación de la vieja frase que constituye la justificación de todos los despotismos y según la cual, los genios vienen al mundo con los estribos en los pies, y los otros con una silla sobre la espalda, al fin de permitir a los primeros considerar a los segundos como sus cabalgaduras. . .

Bernstein invocó a Marx muy erróneamente. Es cierto que Marx ha declarado que la tierra pertenecía a la humanidad. Pero la humanidad todavía no hace política colonial. Marx no ha dicho que la tierra pertenece a las naciones capitalistas (“¡Muy bien!”).

Van Kol, informante: —“¿Porqué no ayudar a los trabajadores de los otros continentes, como ayudamos a los trabajadores de Europa? En Europa, las fuerzas gigantescas del capitalismo se encuentran frente a nosotros. ¿Porqué entonces no combatir al capitalismo que se ha desarrollado fuera de Europa? En ningún lado podemos hacer conquistas más grandes y fáciles que en esos lejanos continentes.

Kautsky ha dicho que debemos esforzarnos por ganar la confianza de los indígenas. Pero, ¿cómo quiere ganar esta confianza de millares de hombres de otros colores, si nada quiere hacer por ellos? (“¡Muy bien!”) Nosotros, en Holanda, tenemos el deber y el derecho a comunicar a nuestros camaradas de los otros países el resultado de nuestra propia experiencia. Nosotros, socialistas holandeses, nos hemos ganado la confianza

de miles de javaneses, pero los habitantes del Africa Occidental no saben nada de la socialdemocracia alemana porque, hasta el presente, la misma no ha cumplido su deber para con los indígenas. Si quiere ganar la confianza de los indígenas, se debe intervenir activamente en la cuestión colonial. Nuestro amigo ha ido aún más lejos, cuando nos dio su posición sobre el desarrollo industrial de las colonias. Nos ha aconsejado enviar máquinas e instrumentos de trabajo al Africa. Esa sí que es una teoría libresca. ¿Quiere civilizar así al país? Si enviamos una máquina a los negros del Africa Central, ¿sabéis lo que harán? Es muy probable que ejecuten alrededor de nuestro producto europeo una danza guerrera (*hilaridad*) y también es probable que el número de sus innumerables dioses aumente una unidad (*nueva hilaridad*). Puede ser que él nos pida también que enviemos europeos, que sepan manejar las máquinas. ¿Qué harán de ellos los indígenas? No sé. Puede ser también

que Kautsky y yo liguemos la teoría a la práctica y acompañemos nosotros mismos a las máquinas al continente negro. Pero estoy convencido también de que los indígenas no se contentarán con despedazarlas. Podría ser incluso que nos despellejen, o bien que nos devoren, y en ese caso... (*frotándose el vientre*) mucho me temo, dado que estoy un poco más desarrollado que Kautsky desde el punto de vista corporal, que yo tendría de mis negros amigos, la preferencia (*hilaridad*). Si nosotros, los europeos, fuéramos al Africa con nuestras máquinas europeas, seríamos las víctimas de nuestra expedición. Debemos, por el contrario, tener las armas a mano para defendernos, eventualmente, aún si Kautsky llama a esto imperialismo." (*¡Muy bien!, en ciertas bancas*).

(1). Juego de palabras. "Halconcetes" es el nombre despectivo que se les da en Francia a la nobleza campesina. (N. del T.)'

Textos de Antonio Gramsci sobre el Bonapartismo y la Burocracia

ANTONIO GRAMSCI
Y EL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Antonio Gramsci fue uno de los más notables revolucionarios marxistas producido por el socialismo europeo occidental en lo que va del siglo. Su nombre merece un lugar destacado al lado de los de Lenin, Trotski y Rosa Luxemburgo.

El pensamiento gramsciano abordará, tanto en el campo de la teoría como en el de la acción política y militante, los problemas básicos de la revolución contemporánea: el rol del partido como vanguardia organizada de la clase obrera, el papel de los sindicatos, los órganos del poder obrero, la democracia proletaria y la gestión directa de las masas en la economía y la política.

Problemas todos estos que se pusieron a la orden del día en Italia en la inmediata postguerra. Desde 1918 y durante dos años el proletariado de la península será protagonista de intrépidas acciones revolucionarias en cuyo transcurso generará formas inéditas de poder propio, tales como los Consejos de Fábrica y las ocupaciones de industrias que seguían produciendo bajo la dirección de los trabajadores. Justamente son los Consejos de Fábrica y la lucha por impulsar su desarrollo y extensión lo que caracteriza todo el primer período de actuación de Gramsci, en tenaz oposición a la

dirección del Partido Socialista Italiano que bajo una ampulosa fraseología antiburguesa (había adherido a la Revolución rusa de Octubre) ocultaba su esencial reformismo, su política básicamente economicista, la pesadez burocrática de un partido cuyo centro de gravedad lo constituían los aparatos sindicales, las cooperativas y las bibliotecas. Formalmente apegado a la consigna de los "soviets", que oponía al movimiento real de los Consejos, este partido, reconocido mayoritariamente por la clase obrera, será la causa principal de la derrota de la revolución italiana abriendo de par en par las puertas del poder al fascismo.

Desde *L'Ordine Nuovo* fundado en 1919, Gramsci agrupará a la izquierda del PSI en el epicentro mismo del ascenso revolucionario, en Turín, la Petrogrado de Italia, cuna de los Consejos de Fábrica y sede del proletariado más numeroso, concentrado y combativo.

Cuando en abril de 1920, una prueba de fuerza entre el Consejo de Fábrica de la FIAT de Turín y la empresa, pone de relieve la situación de dualidad de poder alcanzada, al poner en movimiento a grandes masas de trabajadores, la oleada de postguerra llega a su punto más alto. Pero el proletariado turinés es librado a su propia suerte por la burocracia de los sindicatos y por los dirigentes "maximalistas" (Serrati) del PSI. El movimiento de los Consejos de Turín de

abril de 1920, muere, aislado por la traición de los jefes socialistas. La pequeña-burguesía, la masa de los desocupados y aún amplias capas de campesinos que habían acompañado o seguido con esperanza a los obreros revolucionarios, los abandonará ahora, para engrosar las escuadras de asalto del fascismo.

Este riquísimo proceso encuentra en Gramsci un agudo intérprete. Sus análisis de entonces para *L'Ordine Nuovo* y sus informes a la III Internacional revelan una de las tentativas más profundas por delinear una estrategia revolucionaria de poder que se nutriera ante todo de la peculiar situación italiana. En momentos en que el conjunto del movimiento obrero internacional y justamente sus sectores más avanzados, parecían embriagarse con las fórmulas y las consignas de la triunfante Revolución Rusa, al punto de perder muchas veces de vista la tarea ineludible de trazarse un camino propio, la lucha librada por Gramsci y sus colaboradores, aparece en su verdadera dimensión. Al apropiarse de una creación espontánea de las masas en ascenso, como eran los Consejos y desarrollar una concepción de los mismos como órganos amplios de lucha por el poder, al mismo tiempo que pugnaba por transformar al P. Socialista en una verdadera dirección política revolucionaria capaz de orientar y suministrar objetivos a ese vasto movimiento de masas, no hacía más que restablecer la concepción leninista de la revolución en condiciones concretas.

Sobrevendría todavía una gran ola de ocupaciones de fábricas y grandes huelgas políticas pero la relación de fuerzas entre las clases se había modificado profundamente. El proletariado luchaba a la defensiva mientras el capital financiero advertía complacido los progresos de un nuevo César, grotesco pero eficiente, que electrizaba a la pequeña burguesía desesperada con la promesa de fundar un nuevo imperio. En enero de 1921 Gramsci y el grupo de los ordinuovistas (Tasca, Togliatti) confluyen con la corriente de Bordiga para fundar el Partido Comunista italiano.

Durante sus tres primeros años de vida, tendrá en él, influencia decisiva el ultraizquierdismo bordigiano. Sectario y esquemático, duramente combatido por Lenin y por Gramsci, Bordiga, cuya energía, entusiasmo y tenacidad le rodeaban de un gran prestigio, contribuyó a aislar al joven partido de las masas en momentos en que estas iniciaban su repliegue ante la ofensiva del gran capital.

A lo largo de la lucha que despliega Gramsci contra el bordigismo, en el seno del P. C., se ponen en discusión desde la misma concepción del partido obrero hasta

la política de alianzas de este y las relaciones con la III Internacional. Nuevamente las mejores aptitudes teóricas y políticas de Gramsci se ponen aquí de manifiesto. "El error del Partido ha consistido en poner en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual además ha significado sólo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial", dirá con respecto al funcionamiento partidario bajo inspiración bordigiana, y... "no se ha concebido el partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizada y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo..."

En 1924 se impondrá finalmente, al ser designado secretario general del partido con el apoyo de la Internacional. Pero ya el poder mussoliniano está en plena consolidación y los militantes comunistas y socialistas deben desenvolverse en difícilísimas condiciones.

El propio Gramsci debe salir del país, aunque volverá poco después. Es justamente desde Viena en 1924 en que envía una carta a Togliatti y Terraccini donde se pronuncia enteramente a favor de las posiciones de la Oposición de Izquierda de Trotski, en momentos en que el grupo dirigente de Stalin ya ganaba resortes decisivos en el poder soviético. En la misma carta admite la hegemonía de hecho del P. C. ruso sobre la Internacional, aunque es perceptible su temor por las consecuencias de esa subordinación. Este temor estaba lejos de ser infundado; muerto Lenin, el centro moscovita de la Internacional, en manos de la burocracia stalinista empezará a tener una ingerencia brutal y descarada en la orientación de los partidos nacionales.

Sin embargo, Gramsci no sostendrá por mucho tiempo su adhesión a los puntos de vistas de la Oposición; un año después de la carta aludida se produce su ruptura con Trotski, en un proceso poco conocido y de difícil reconstrucción. De todos modos en una carta que envía al C. C. del P. C. U. S. en nombre de la dirección del partido italiano, en donde manifiesta coincidir con la política oficial, queda claro que, sin embargo, se opone a toda medida que signifique expulsar o suprimir a la Oposición. Quizás la única explicación plausible de este cambio inesperado haya que buscarlo en la circunstancial aproximación (que no sería perdurable) de Bordiga a Trotski. ¿Fue en función de la lucha con el primero, y dentro del juego de fuerzas de la Internacional, que Gramsci optó por respaldarse en Stalin?

En otras oportunidades resistirá sin embargo las imposiciones de éste; por ejemplo en 1928 y ya desde la cárcel se opondrá

al giro ultraizquierdista del "tercer período" que equiparaba a la socialdemocracia con el fascismo, política que si será catastrófica para el proletariado alemán, era absurda en la Italia fascista. Pero ya el Partido, que había contribuido a fundar estaba en otras manos. Palmiro Togliatti que lo había acompañado en las primeras batallas encontraba ahora más seguro atar al golpeado Partido Comunista a los vaivenes de la política del Kremlin.

Los últimos años de su vida los pasó Antonio Gramsci en la prisión donde muere en 1937. El 27 de abril se cumplen 37 años de su desaparición. Pero aún en la prisión prosiguió su obra, como lo atestiguan sus célebres *Cuadernos de la Cárcel* donde se acumula buena parte de sus reflexiones más penetrantes sobre las relaciones entre la

EL CESARISMO

César, Napoleón I, Napoleón III, Cromwell, etc. Habrá que compilar un catálogo de los acontecimientos históricos que han culminado en una gran personalidad "heroica".

Puede decirse que el cesarismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, es decir, se equilibran de modo que la continuación de la lucha sólo puede terminar con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha contra la fuerza regresiva B puede ocurrir no sólo que A derrota a B o que B derrote a A sino también que no ganen ni A ni B, y se destruyan recíprocamente, y que una tercera fuerza C intervenga desde fuera sometiendo lo que queda de A y de B. En Italia esto es lo que ocurrió precisamente tras la muerte del Magnífico.

Pero si el cesarismo expresa siempre la solución "arbitral", confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas con una perspectiva catastrófica, no

política y la ideología, la estructura y la superestructura, los intelectuales y la cultura y sobre todo el fértil desarrollo y la culceptos como los de bloque histórico y hegemonía, conceptos que clarifican decisivamente la comprensión de la alineación de clases en los procesos revolucionarios contemporáneos, en particular de las revoluciones nacionales de los países coloniales y semicoloniales.

En los artículos que ofrecemos en esta oportunidad a nuestros lectores, sobre el cesarismo, la burocracia y la verdad en política, extraídos todos ellos del ensayo conocido como *El Príncipe Moderno*, que forma parte de los *Cuadernos de la Cárcel*, aparece de cuerpo entero el verdadero espíritu del marxismo creador. (N. de la R.).

siempre tiene el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresivo y uno regresivo, y el significado exacto de toda forma de cesarismo sólo puede reconstruirse, en última instancia, a base de la historia concreta, no de un esquema sociológico.

El cesarismo es progresivo cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar, aunque sea con ciertos compromisos y con ciertas limitaciones de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, aunque también sea con ciertos compromisos y limitaciones (cabe decir, sin embargo, que dichos compromisos y limitaciones tienen en este caso un valor distinto a los del caso anterior).

César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo; Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo.

Se trata de ver si en la dialéctica "revolución - restauración" prevalece el elemento revolución o el elemento restauración, pues es indudable que en el movimiento histórico no se vuelve nunca atrás y no existen restauraciones *in toto*. Por lo demás, el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no una regla de interpretación histórica. Puede existir una solución cesarista sin un César, sin una gran personalidad "heroica" y representativa. También el sistema parlamentario ha dado un mecanismo

para estas soluciones de compromiso. Los gobiernos "laboristas" de MacDonalld eran soluciones de este tipo hasta cierto punto; el grado de cesarismo se intensificó cuando se formó el gobierno presidido por MacDonalld con mayoría conservadora. Lo mismo ocurrió en Italia en octubre de 1922 hasta la separación de los "populares" y después, gradualmente, hasta el 3 de enero de 1925 e incluso hasta el 8 de noviembre de 1926; hubo un movimiento político-histórico en el que se sucedieron diversos niveles de cesarismo hasta llegar a una forma más pura y permanente, aunque tampoco ésta sea inmóvil y estática. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede desarrollarse o no hasta los grados más significativos (naturalmente, la opinión vulgar es que los gobiernos de coalición son, al contrario, el "baluarte más sólido" contra el cesarismo). En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy distinto del que funcionó hasta Napoleón III. En el período que culminó en Napoleón III, las fuerzas militares regulares o de línea eran un elemento decisivo para la aparición del cesarismo, que se verificaba con golpes de Estado precisos, con acciones militares, etc. En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con medios financieros incalculables, de los que pueden disponer pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y de los sindicatos económicos pueden ser corrompidos o aterrorizados sin necesidad de recurrir a acciones militares de gran estilo, tipo César o 18 Brumario. Se reproduce en este terreno la misma situación que examinamos a propósito de la fórmula jacobino-cuarentiesca de la llamada "revolución permanente". La técnica política moderna ha cambiado completamente después de 1848, después de la expansión parlamentaria, del régimen asociativo sindical y de partido, después de la formación de vastas burocracias estatales y "privadas" (político-privadas, de partido y sindicales) y después de las transformaciones habidas en la organización de la policía en sentido amplio, es decir, no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia sino del conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes. En este sentido, hay partidos "políticos" enteros y otras organizaciones económicas y de otro tipo que se deben considerar como organismos de policía política, de carácter investigador o preventivo. El esquema genérico de las fuerzas A y B en lucha con una perspectiva catastrófica,

esto es, con la perspectiva de que no gane A ni B en el combate para constituir (o reconstituir) un equilibrio orgánico, es decir, el esquema de que nace (puede nacer) el cesarismo es una hipótesis genérica, un esquema sociológico (cómodo para el arte político). La hipótesis se puede concretar cada vez más, se puede llevar a un grado cada vez mayor de aproximación a la realidad histórica concreta y esto puede obtenerse precisando algunos elementos fundamentales.

Así, por ejemplo, al hablar de A y de B sólo se ha dicho que son una fuerza genéricamente progresiva y una fuerza genéricamente regresiva: Se puede precisar de qué tipo de fuerza progresiva y regresiva se trata y obtener así una mayor aproximación. En el caso de César y de Napoleón I se puede decir que A y B eran distintas y opuestas pero no hasta el punto de no poder llegar "absolutamente" a una fusión y a una asimilación recíprocas después de un proceso molecular; lo cual ocurrió, de hecho, por lo menos en cierta medida (suficiente, sin embargo, para los fines históricos-políticos de la cesación de la lucha orgánica y, por tanto, de la superación de la fase catastrófica). Es éste un elemento de aproximación fundamental. Otro elemento es el siguiente: la fase catastrófica puede surgir por una deficiencia política "momentánea" de la fuerza dominante tradicional y no por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Así ocurrió en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 hasta 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: la legitimista, la orleanista, la bonapartista, la jacobina republicana. Las luchas internas de las fracciones hacían posible el avance de la fuerza adversaria B (progresista) en forma "precoz"; sin embargo, la forma social existente todavía no había agotado sus posibilidades de desarrollo, como lo demostró abundantemente la historia posterior. Napoleón III representó (a su manera, según la estatura del hombre, que no era muy elevada) estas posibilidades latentes e inmanentes: su cesarismo tiene, pues, un color particular. El cesarismo de César y de Napoleón I fue, por así decirlo, de carácter cuantitativo-cualitativo, es decir, representó la fase histórica de paso de un tipo de Estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tantas y de tal índole que representaron un cambio completo. El cesarismo de Napoleón III fue única y limitadamente cuantitativo, no hubo un paso de un tipo de Estado a otro tipo: hubo sólo "evolución" del mismo tipo según una línea ininterrumpida.

En el mundo moderno los fenómenos de cesarismo son totalmente diversos, tanto en relación con los del tipo progresivo César-Napoleón I, como en relación con los del tipo Napoleón III, aunque se aproximen a este último.

En el mundo moderno el equilibrio con perspectivas catastróficas no se verifica entre fuerzas que en última instancia se podrían fundir y unificar, aunque fuese después de un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es históricamente incurable; al contrario, la aparición de formas cesáreas no hace más que agudizarlo.

Sin embargo, el cesarismo también tiene en el mundo moderno un cierto margen, más o menos grande, según los países y su peso relativo en la estructura mundial, porque una forma social tiene "siempre" posibilidades marginales de desarrollo ulterior y de sistematización organizativa; puede contar, especialmente, con la debilidad relativa de la fuerza progresiva antagonista, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de ésta, debilidad que debe mantener: por esto se ha dicho que el cesarismo moderno, más que militar es policíaco.

Sería un error de método (un aspecto del mecanismo sociológico) considerar que en los fenómenos de cesarismo —sea progresivo, sea regresivo, sea de carácter intermedio episódico— todo el nuevo fenómeno histórico se debe al equilibrio de las fuerzas "fundamentales"; también hay que ver las relaciones existentes entre los grupos principales (de diversos tipos, social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas por la influencia hegemónica o sometidas a ésta. Así, por ejemplo, no se comprendería el golpe de Estado del 2 de diciembre sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos.

Un episodio histórico muy importante desde este punto de vista es el llamado movimiento por el asunto Dreyfus en Francia; también éste entra en la anterior serie de observaciones, no porque llevase "cesarismo" sino precisamente por lo contrario: porque impidió la instauración de un cesarismo que se estaba preparando de carácter netamente reaccionario. Sin embargo, el movimiento Dreyfus es característico porque son elementos del mismo bloque social dominante los que impiden el cesarismo de la parte más reaccionaria del bloque apoyándose no en los campesinos, en el campo, sino en los elementos subordinados de la ciudad guiados por el reformismo socialista (pero también en la parte más avanzada del campesinado). Encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos del tipo Dreyfus, que no son revoluciones,

ciertamente, pero que tampoco son reacciones del todo, por lo menos en el sentido de que también en el campo dominante destruyen cristalizaciones estatales sofocantes e introducen en la vida del Estado y en las actividades sociales un personal diverso y más numeroso que el precedente: también estos movimientos pueden tener un contenido relativamente "progresivo" en la medida que indican que en la vieja sociedad estaban latentes unas fuerzas activas y operantes que los viejos dirigentes no supieron aprovechar, aunque se trate de "fuerzas marginales", pero no absolutamente progresivas porque no pueden "hacer época". Llegan a ser históricamente eficientes por la debilidad constructiva del antagonista, no por una fuerza propia interior; por consiguiente están ligadas a una situación determinada por el equilibrio de las fuerzas en lucha, ambas incapaces en su propio campo de expresar una voluntad reconstructiva propiamente dicha.

LA BUROCRACIA

(...) Al llegar a un cierto punto de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales; es decir, los partidos tradicionales, en su determinada forma organizativa, con los hombres determinados que los constituyen, los representan y los dirigen, dejan de ser reconocidos como expresión propia por su clase o su fracción de clase. Cuando se producen estas crisis, la situación inmediata se hace delicada y peligrosa, porque queda abierta a las soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos.

¿Cómo se forman estas situaciones de contraste entre "los representados y los representantes", que partiendo del terreno de los partidos (de las organizaciones de partido en sentido estricto, terreno electoral-parlamentario, organización periodística) se reflejan en todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de la alta finanza, de la iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública?

En cada país el proceso es distinto, pero el contenido es el mismo. Y el contenido es la crisis de la hegemonía de la clase dirigente, producida o bien porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política suya en la que ha pedido o impuesto por la fuerza el consenso de las grandes masas (como en el caso de la guerra) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños bur-

gueses intelectuales) han pasado súbitamente de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su inorgánico conjunto constituyen una revolución.

Se habla de "crisis de la autoridad" y en esto consiste precisamente la crisis de la hegemonía, o la crisis del Estado en su conjunto.

La crisis crea situaciones inmediatas peligrosas, porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de organizarse con idéntico ritmo. La clase dirigente tradicional cuenta con un numeroso personal adiestrado, cambia los hombres y los programas y se hace nuevamente con el control que se le estaba escapando de las manos, y puede hacer todo esto con mayor celeridad que las clases subalternas; hace sacrificios; si es preciso, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza de momento y lo utiliza para aplastar al adversario y para dispersar su personal de dirección, queo no puede ser muy numeroso ni muy adiestrado. El paso de las tropas de muchos partidos bajo la bandera de un partido único, que representa y resume mejor las necesidades de la clase entera, es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en comparación con las épocas tranquilas: representa la fusión de un grupo social entero bajo una sola dirección, la única que se considera capaz de resolver un problema existencial dominante y de alejar un peligro mortal.

Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica sino la del jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser diversos, pero en el que predomina la inmadurez de las fuerzas progresivas); significa que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tienen fuerza para hacerse con la victoria, y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un amo.

Este orden de fenómenos va ligado a una de las cuestiones más importantes en relación con el partido político, es decir con la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu consuetudinario, contra las tendencias a la momificación y a caer en el anacronismo. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir la situación en momentos históricamente vitales para sus clases; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben desarrollarse según la evolución de las correlaciones globales de fuerza (y, por tanto, la posición relativa de sus clases) en el país determinado o en el campo internacional. Al analizar

estos desarrollos de los partidos hay que distinguir: el grupo social; la masa del partido; la burocracia y el estado mayor del partido. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si llega a constituir un cuerpo solidario, autosuficiente, si se siente independiente de la masa, el partido termina por ser anacrónico y en los momentos de crisis aguda es vaciado de su contenido social y queda como suspendido en el aire. Puede verse lo que les ha ocurrido a una serie de partidos alemanes por la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses son un terreno rico para este tipo de investigaciones: todos están momificados, todos son anacrónicos, todos son documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia francesa, cuya terminología envejecida repiten; su crisis puede llegar a ser más catastrófica todavía que la de los partidos alemanes.

Al examinar este orden de acontecimientos se acostumbra a no dar la importancia debida al elemento burocrático, civil y militar, y no se tiene presente, además, que en este análisis deben entrar no sólo los elementos militares y burocráticos en acto sino también los estratos sociales en donde se recluta tradicionalmente la burocracia —en los complejos estatales, existentes. Un movimiento político puede tener carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En determinadas situaciones puede ocurrir que convenga no "descubrir" el ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad, no hacer política entre los soldados, como se dice, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y de superioridad sobre las fracciones; sin embargo, es el ejército, es decir, el Estado Mayor y la oficialidad, el que determina y domina la nueva situación. Por otro lado, no es cierto que el ejército, según las Constituciones, no debe hacer nunca política; el ejército debe, precisamente, defender la Constitución, es decir, la forma legal del Estado, con las instituciones conexas; por esto la llamada neutralidad significa únicamente apoyo a la parte retrógrada, pero, en estas situaciones hay que plantear la cuestión de este modo para impedir que en el ejército se reproduzca la disensión existente en el país y desaparezca, con ello, el poder determinante del Estado Mayor por la disgregación del instrumento militar. Estos elementos de observación no son, naturalmente, absolutos; en los diversos momentos históricos y en los diversos países su peso es muy distinto.

Lo primero que hay que investigar es si en un país determinado existe un estrato social extenso para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy

importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por "chanceo"). En la Europa moderna este estrato se puede identificar en la burguesía rural, media y pequeña, más o menos extensa en los diversos países según el desarrollo de las fuerzas industriales, por un lado y de la reforma agraria, por otro.

Es cierto que la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social; pero se adapta particularmente a la función social que el mismo desempeña y a las tendencias psicológicas que la función determina o favorece; estos dos elementos dan al conjunto del grupo social cierta homogeneidad y energía en sus directivas y, por consiguiente, le dan un valor político y una función a menudo decisiva en el conjunto del organismo social. Los elementos de este grupo están habituados a mandar directamente núcleos de hombres, aunque sea exiguos, y a mandar "políticamente", no "económicamente"; es decir, en su arte de mandar no entra la aptitud de ordenar las "cosas", de ordenar "hombres y cosas" en un todo orgánico, como ocurre en la producción industrial, porque este grupo no cumple funciones económicas en el sentido moderno de la palabra. Goza de una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedir "políticamente" al campesino cultivador que mejore su propia existencia, porque toda mejora de la posición relativa del campesino sería catastrófica para su propia posición social. Para él, la miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento de éste, constituyen una necesidad primordial. Por esto despliega la máxima energía en la resistencia y en el contraataque en cuanto se produce el más mínimo intento de organización autónoma del trabajo campesino y en cuanto hay un movimiento cultural campesino que salga de los límites de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su debilidad interna en su dispersión territorial y en su falta de "homogeneidad", íntimamente relacionada con esta dispersión; esto explica también otras características: la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la extravagancia de algunas de las ideologías seguidas. La voluntad se encamina hacia un fin, pero es lenta y requiere, habitualmente, un largo proceso para centralizarse organizativa y políticamente. El proceso se acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; entonces no sólo se acelera el proceso sino que se manifiesta

en seguida la "fuerza militar de este estrato, que se organiza y llega a dictar leyes a la clase alta, por lo menos en lo que respecta lo relativo al contenido. Se ven funcionar en este caso las mismas leyes que se han observado en las relaciones ciudad-campo, por lo que se refiere a las clases subalternas. La fuerza de la ciudad se convierte automáticamente en fuerza del campo, pero en seguida una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y por la presión normalmente más fuerte que se ejerce de arriba a abajo, dado todo esto, decimos, en el campo los contraataques tienen que ser rápidos y decididos. Este grupo comprende y ve que el origen de sus males está en la ciudad, en la fuerza de las ciudades, y por esto cree que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas para apagar el foco principal, aunque esto no convenga inmediatamente a las clases altas urbanas, bien porque sale demasiado caro, bien porque es peligroso a la larga (estas clases ven ciclos de desarrollo más amplios, en los que es posible maniobrar, y no sólo el interés "físico" inmediato). En este sentido, y no en sentido absoluto, es como debe entenderse la función dirigente de este estrato; pero no es pequeña cosa. Es de observar que este carácter "militar" del grupo social en cuestión, que constituiría tradicionalmente un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia, es ahora conscientemente cultivado y planeado orgánicamente. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos por hacer surgir y por mantener estables diversas asociaciones de militares excedentes o de ex combatientes de los diversos cuerpos y armas, especialmente de oficiales, asociaciones que están ligadas a los Estados Mayores y se pueden movilizar en caso necesario, sin tener que movilizar el ejército permanente, que conserva de este modo su carácter de reserva vigilante, reforzada e inmunizada contra la descomposición política por estas fuerzas "privadas", que no podrán dejar de influir en su "moral", sosteniéndola y robusteciéndola. Puede decirse que se verifica un movimiento de tipo "cosaco", no en formaciones escalonadas según las fronteras de cada nacionalidad, como ocurría con los cosacos zaristas, sino según las "fronteras" del grupo social.

Por consiguiente, en toda una serie de países la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnico militar sino también influencia y peso del estrato social de donde proviene especialmente el elemento técnico militar (especialmente los oficiales subalternos). Estas observaciones son

indispensables para analizar el aspecto más íntimo de la forma política que se suele llamar cesarismo o bonapartismo, para distinguirla de otras formas en las que el elemento técnico militar, como tal, predomina, todavía. (...)

Es opinión muy extendida en algunos ambientes (y esta difusión es un signo de la estatura política y cultural de dichos ambientes) que en el arte político es esencial mentir, saber ocultar astutamente las propias opiniones, los verdaderos fines a que se tiende, saber hacer creer lo contrario de lo que se quiere realmente, etcétera. La opi-

nión está tan arraigada y extendida que nadie cree que se diga la verdad. En el extranjero se considera a los italianos, en general, como maestros en el arte de la simulación, etc. Recuérdese la anécdota hebrea: "¿A dónde vas?" —pregunta Isaac a Benjamín. "A Cracovia" — responde Benjamín. "¡Embustero! Dices que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg. Pero sé muy bien que vas a Cracovia. ¿Qué necesidad tienes, pues, de mentir?" En política se podrá hablar de reserva, no de mentira en el sentido mezquino que muchos piensan: en la política de masas decir la verdad es una necesidad política precisamente.

EDITORIAL OCTUBRE

.....

TITULOS PUBLICADOS:

MARXISMO y SIONISMO
por Roberto Ferrero

LA CUESTION NACIONAL EN MARX
por Jorge Enea Spilimbergo

INTRODUCCION AL SOCIALISMO
por José Luis Madariaga

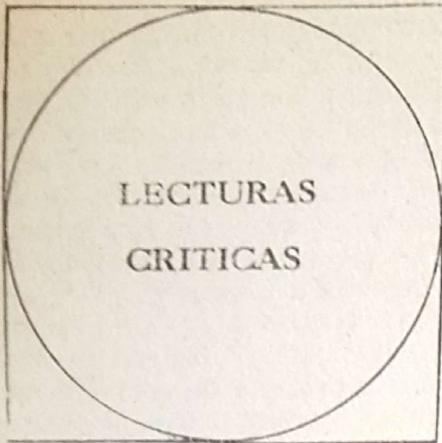
EL SOCIALISMO
EN LA
ARGENTINA

por Jorge Enea Spilimbergo
T. 1: Juan B. Justo y el Socialismo Cipayo

DE PROXIMA APARICION:

EL SOCIALISMO EN LA ARGENTINA
T. 2: De la Izquierda Cipaya a la Izquierda
Nacional y Popular
por: Jorge Enea Spilimbergo

EL REVISIONISMO HISTORICO SOCIALISTA
por: Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Luis A. Rodríguez y otros autores.

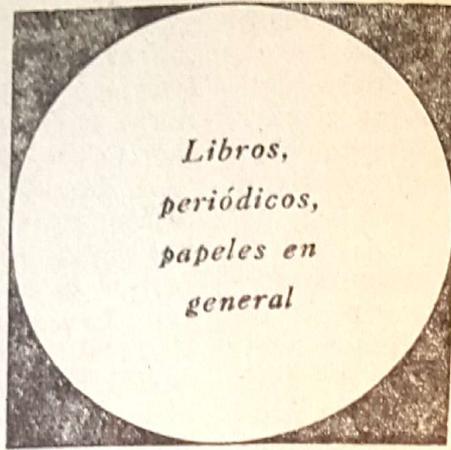


VIDA DE HIPOLITO YRIGOYEN

Manuel Gálvez
Eudeba
1973

Después de muchos años de haber sido dirigida por sofisticados liberales de izquierda o por oscuros reaccionarios de derecha, la Editorial Universitaria de Buenos Aires administrada hoy por una política que se propone ponerla al servicio de nuestra emancipación cultural. La nueva dirección, presidida por Arturo Jauretche e integrada por hombres ligados desde lejos a la lucha nacional, como Norberto D' Atri, Rogelio García Lupo o Alberto Camarassa, ha puesto de relieve sus fines transformadores. La reedición de la biografía del caudillo radical constituye un auspicioso signo de todo ello.

A Manuel Gálvez, hombre de imponderable talento, le ocurrió lo que a tantos de sus compañeros de generación. Debí refugiarse en la literatura y el oscurantismo católico para aislarse del desintegrador ambiente cultural que la oligarquía imponía sobre el país. Como Macedonio Fernández, que encontró una salida al adocenado y extranjerizante futuro que le brindaba la república oligárquica en las nieblas



de su abstrusa metafísica y en el espiritualismo de su humor conceptual, Gálvez, con su irreductible horror moral al progreso, creó una novelística, en cuyos mejores exponentes queda retratada la sociedad argentina de principios de siglo, con sus terratenientes, sus dandys, sus devotas y pacatas doncellas, sus versallescos salones y umbríos arrabales.

Esta "Vida de Hipólito Yrigoyen" es su obra más acabada. Escrita cuando el jefe popular ya había fallecido y el aprobio y la proscrición pesaban sobre sus seguidores —las masas desposeídas de la Argentina preindustrial— es el producto de una afanosa investigación testimonial, a lo largo de la cual el escritor va siendo ganado por la avasallante personalidad del hombre que trata de recrear literariamente.

Desde sus oscuros y plebeyos orígenes, hasta su apoteótico velorio, pasando por sus años de conspirador, por el estallido de fervor popular que da marco a la ascensión presidencial, por cada uno de los rasgos característicos de su política de gobierno, queda retratado don Hipólito Yrigoyen, y con él la sociedad en la cual nace su liderazgo. Ahí están las compadradadas, heroicas y porteñas, de Leandro N. Alem, las artes y las mañas de Julio Argentino Roca, la inteligencia de Carlos Pellegrini, la altanería uni-

teria de Mitre, la elegancia y el cinismo londinenses de Quintafresco, están las grandes movilizaciones yrigoyenistas con su bandolera de El Parque, sus boinas blancas y sus caudillos de a caballo con artesanales aperos de plata. Ahí están los emisarios de don Hipólito recorriendo, pueblo a pueblo, la provincia de Buenos Aires tejiendo la fina red de la Unión Cívica Radical, hablando con los curas párrocos y los boticarios, logrando su adhesión a la causa, invocando los oscuros gerundios que hicieran célebre la prosa yrigoyeniana.

Es este, sin duda alguna, un libro inevitable para las nuevas generaciones. El sutil artificio de unir voluntades, la capacidad ilimitada de interpretar las necesidades de los oprimidos, virtudes que Yrigoyen poseía en grado superlativo, constituyen, junto a su intransigencia revolucionaria y su acérrimo odio al "Régimen", riquísimas enseñanzas políticas.

Porque el antiguo comisario de Balvanera ha sido el único jefe popular capaz de construir un movimiento desde el llano, a través de permanentes renunciadas a los lazos y tentaciones que la oligarquía le tendía, movimiento que permitió, más que ninguna otra cosa, el primer triunfo de las clases oprimidas de nuestro país en siglo XX. Y en ese sentido, una fuente de experiencia para quienes pretendemos remontar nuestro torrente histórico y en él encontrar las claves de la liberación definitiva de los trabajadores. Si, como se ha dicho, la biografía es a la prosa lo que la epopeya es a la poesía, en la epopeya yrigoyenista encontraremos los modernos revolucionarios socialistas la fuerza anticipatoria de la presente epopeya proletaria.

En suma, "Vida de Hipólito Yrigoyen" es una obra maestra, política y literaria, cuya reedición es, como decíamos antes, un verdadero acierto de esta nueva Eudeba.

Julio Fernández Baralbar

(viene de pág. 5)

EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS tendidos, "La Razón" del 22 de abril publica un despacho de su agencia de Mendoza donde se reseñan algunas opiniones de Ramos sobre la actualidad política. Dicho resumen no es infiel y se observa el esfuerzo del periodista mendocino por cumplir con su tarea. Pero, desgraciadamente, en una parte del despacho se lee lo siguiente: "El Frente de Izquierda Popular resolvió apoyar a Perón, no porque este sea socialista sino porque es un burgués y la burguesía puede cumplir un papel revolucionario en países subdesarrollados". El concepto desenvuelto por Ramos definía a Perón como "nacionalista"

y a los movimientos nacionales (entre los que se incluyen naturalmente a sectores de la burguesía nacional) como expresiones sea revolucionarias o moderadas del interés nacional. Muchas veces hemos sostenido que la burguesía como clase, tanto en los países avanzados en la época de las grandes revoluciones burguesas como sus congéneres de los países coloniales o semicoloniales en nuestro tiempo, no han sido capaces de encabezar la lucha contra el feudalismo o contra la oligarquía agraria. Debieron actuar en esa dirección otras clases: la pequeña burguesía de provincia, como Cromwell o Robespierre, o los oficiales del Ejército, como en la Argentina de 1945 ó en el Perú de 1968.

CAPITAL FEDERAL:

Alsina 2786; Suipacha 128, 3er. Piso; Guamini 502 (Villa Lugano). Del Valle Yberlucea 1042, 1º Piso (Boca); Montiel 366 (Liniers).

FIP

GRAN BUENOS AIRES:

Morón:
Rams 102.
Moreno:
Alem 616.
Avellaneda:
Laprida y Ceballos.
La Salada:
Gualeguaychú 630.
Lomas de Zamora:
Irigoyen 8810.

**A LA
IZQUIERDA
CON
EL PUEBLO**

Quilmes:
Videla y Mitre.
Quilmes Oeste:
Jujuy 502.
Matanza:
Sarandí 3476 (San Justo)

**PROV. DE
BUENOS AIRES:**
La Plata:
Calle 68 Nº 286, entre
1 y 115.
Necochea:
Calle 50 Nº 3255.
Mar del Plata:
Galería Central. Subsuelo,
Local 69.
Olavarría:
Maipú y República del
Líbano.

Coronel Dorrego:
Hipólito Yrigoyen 480.
Junín:
25 de Mayo 798.

**Frente de
Izquierda
Popular**

Bahía Blanca:
Blandengues 414. Esta-
dos Unidos 1754 (Villa
Parodi).
Bragado:
Gal. Centenario, local 9.
Juárez:
Alsina y San Juan.
Azul:
Jean Jaurés 910.
Burgos 228.

Zárate:
Chacabuco 1857 (Casa de
Rufino Rodríguez).
9 de Julio 136.

LA RIOJA:
Av. Felipe Varela 413;
Aimogasta: 9 de Julio esq.
Canal; Chilecito: Mitre
esq. La Famatina.
SANTIAGO DEL ESTERO:
Pueyrredón 160.
SALTA:
Caseros 121.

MISIONES:

Posadas:
Rioja 396.
ENTRE RIOS:
Paraná:
Alem 208.

SANTA FE:
Crespo 3006; J. P. López
y Lamadrid (Villa Hipó-
dromo).
Capitán Bermúdez:
25 de Mayo 84.
Cañada de Gómez:
Lavalle 1224.
Rosario:
Urquiza 3305.
Venado Tuerto:
Brown 1221.

RIO NEGRO:
Alvaro Barros 548, Vied-
ma.
General Roca:
Estados Unidos 821.
Corrientes y Estrada (Ba-
rrio 12 de Octubre).

CORDOBA:
Buenos Aires 257; Los
Talas esq. Los Chañares
(Barrio Los Sauces), Fer-
rreya; Bermejo 587 (Bº
Villa El Libertador).
CATAMARCA:
San Martín 382.
SANTA CRUZ:
Entre Ríos 469 (Río Ga-
llegos).

CHUBUT:

Comodoro Rivadavia:
Sarmiento 1496.

MENDOZA:

Carril Gómez 702, (Gu-
tiérrez); Agustín Álvarez
Nº 1601 esq. Libertad
(Godoy Cruz).

CORRIENTES:

Hipólito Yrigoyen 1712.

SAN JUAN:

Sarmiento 166 (Sur).

TUCUMAN:

San Juan y Junín; 9 de
Julio y Fray Mamerto
Esquiú (Banda del Río
Salí); Gutiérrez 1387 (V.
9 de Julio); Ecuador
1601 (Villa Urquiza);
Fonda de Díaz (La Flo-
rida).



CHACO:

A. Argentina 848 (Resis-
tencia); Calle 5 Manzana
Nº 18 (Fontana); Calle 5
Nº 922 (V. C. Avalos);
Roldán 1210 (Villa D.
Enrique).

**A LAS ORGANIZACIONES
POPULARES Y
REVOLUCIONARIAS
DE LA ARGENTINA**

Se comunica que actúa en Buenos Aires un sujeto que afirma llamarse Daniel Cuevas o Pérez Cuevas, se dice dominicano y sin comprobantes fehacientes intenta representar a im-

precisas organizaciones de Santo Domingo.

Su actividad principal consiste en obtener dinero de los núcleos más diversos. Practica intrigas y urde antagonismos para facilitar tales designios monetarios.

Aventureros semejantes no son infrecuentes en América Latina.

Las organizaciones populares deberán tomar buena cuenta de éste y otros personajes semejantes que explotan la solidaridad revolucionaria hacia la auténtica emigración latinoamericana.

Abril 25 de 1974.

Mesa Ejecutiva Nacional
Partido Socialista de la
Izquierda (SIN)

1º DE MAYO

Este nuevo 1º de Mayo encuentra a los trabajadores y al pueblo argentino ante una situación política sustancialmente distinta de la que fuera motivo de discusión y reflexión en anteriores aniversarios del Día de los Trabajadores. El 11 de Marzo significó la derrota política de un gobierno militar oligárquico que ya había sido quebrado por las movilizaciones populares de los últimos años. El 23 de Setiembre, con el arribo del Gral. Perón al poder, completó un desenlace político en el que los argentinos recobramos el ejercicio de la soberanía popular. Hemos vivido un avance efectivo del movimiento nacional y un retroceso de las expresiones políticas de la oligarquía y el imperialismo. Se abren, al mismo tiempo, enormes posibilidades para concretar las banderas y objetivos fundamentales de la revolución nacional.

La conducción del actual proceso, tal como se desprende de la naturaleza social del peronismo y del Frejuli, ha favorecido fundamentalmente los intereses de la burguesía nacional. Se ha establecido, además, una íntima vinculación entre sus representantes y una cúpula sindical que, en casi todos los casos, ha dejado de responder a las necesidades de los obreros. Se han convertido, a través de la satisfacción de los apetitos personales y de grupo y las ambiciones palaciegas, en correa de transmisión de una política que dictan los empresarios y que sólo limitadamente satisface las aspiraciones del movimiento popular.

Esta definida orientación ha roto las ilusiones de gran parte de las clases medias, especialmente sus corrientes juveniles, que creyeron ver en Perón y en su movimiento la avanzada en la lucha por el "socialismo nacional". Estas tendencias suplantaron con sus esperanzas socialistas el contenido histórico del peronismo. Por su incapacidad para formular una política independiente tienden hoy, con el mismo lenguaje con que se supeditaron a la burguesía nacional, a caer bajo la influencia del bloque antinacional uniéndose a las expresiones juveniles del gorilismo de izquierda. En otros casos han sido los desmanes del matonaje burocrático y las vacilaciones de la política económica quienes han impactado a los sectores más conservadores de esa misma clase social. Sobre ésta situación pretenden cabalgar los "partidos opositores", izquierdistas cipayos incluidos, que dialogan con Perón mientras acumulan fuerzas para una nueva Unión Democrática, para cuando la situación los favorezca. Especulan con la presunta sucesión y la fragmentación del movimiento popular. Siguen así, la misma actitud asumida por los más significativos personajes del gorilismo civil y militar que prefieren por ahora reemplazar la conspiración por la espera paciente.

Pero tanto los alcances, y la necesaria profundización antiimperialista y antioligárquica de la política económica, como la perduración o no de la burocracia sindical y política se ligan a la relación de fuerzas entre las clases interesadas en la revolución nacional y entre ellas y los enemigos centrales, la oligarquía y el imperialismo. La defensa efectiva del gobierno popular, más allá de las limitaciones señaladas, define en que trincheras se ubican quienes pretenden incidir en los acontecimientos y es el único camino que puede cambiar esa relación de fuerzas. Para ello es necesario que el protagonista central de nuestra revolución, la clase trabajadora, se ponga en movimiento y rompa el silencio al que la han reducido, hasta ahora, los burócratas envanecidos por su poder.

El Frente de Izquierda Popular cree que es la creciente lucha por la Democracia Sindical la que puede destruir a quienes negocian a espaldas de los trabajadores y pretenden congelar al movimiento de masas. Esa movilización permitirá que se manifieste la única capacidad transformadora que tiene una Argentina enferma de especulación, de parasitismo oligárquico y saqueo imperialista. El socialismo revolucionario deberá ser su expresión política natural.